

AUTOESTIMA Y PROBLEMÁTICAS PSICOSOCIALES EN LA INFANCIA, ADOLESCENCIA Y JUVENTUD

HUGO SIMKIN*, SUSANA AZZOLLINI** & CLARISA VOLOSCHIN*

* Universidad de Buenos Aires

** Universidad de Buenos Aires / CONICET

Resumen. Diversos autores observan que la autoestima se construye en el marco del proceso de socialización (Thomas, Gecas, Weigert & Rooney, 1974), en la interacción con diferentes agentes socializadores tales como la familia, los grupos de pares, los medios de comunicación o las instituciones religiosas o educativas, principalmente a lo largo de la Infancia, Adolescencia y Juventud (Oñate, 1989). De acuerdo con Rosenberg (1989) estos agentes imponen al niño un estilo característico de la vida, un conjunto de valores y un sistema de creencias e ideales que, imperceptiblemente, proporcionan las bases para autoevaluarse. El propósito del presente trabajo consiste en revisar la literatura académica en el área relativa al impacto de los agentes de socialización en la formación de la autoestima en la infancia, adolescencia y juventud y las principales problemáticas que se encuentran asociadas en los antecedentes: autoestima y aspecto físico en la infancia y adolescencia, iniciación sexual en la adolescencia, noviazgo y violencia en la adolescencia y juventud, embarazo en la adolescencia y juventud, bullying en la infancia y adolescencia, maltrato en la infancia y adolescencia, trabajo en la Infancia, adolescencia y juventud, desempeño académico en la infancia, adolescencia y juventud, y adicciones en la infancia, adolescencia y juventud. En este contexto se revisa el lugar algunos aspectos culturales en la búsqueda constante de la autoestima (Crocker & Park, 2004) y el papel de la autotrascendencia (Cox, 2007) en la formación de la evaluación que las personas hacen de sí mismas.

Palabras Claves. Autoestima – Infancia – Adolescencia – Juventud – Autotrascendencia

Abstract. Several authors have observe that self-esteem is fabricated as part of the socialization process (Thomas, Gecas, Weigert & Rooney, 1974), it's interacting with a vast array of socializing agents such as family, peer groups, the media, religious or educational institutes of which develops itself during Childhood and Adolescence (Oñate, 1989). According to Rosenberg (1989) these agents impose the child with a distinctive style of life, set of values and a set of beliefs and ideals, which provides a basis for self-assessment. The purpose of this paper is to review academic literature on impact related to the socialization agents that impact the formation of self-esteem in early childhood, adolescence, youth and review the problems that are associated within these developments. Some of which are self-esteem and physical appearance in childhood and adolescence, sexual initiation in adolescence, courtship and violence in adolescence and youth, teenage pregnancy, bullying in early childhood and adolescence, abuse in childhood and adolescence, labor in early childhood, adolescence and youth, academic achievement in early childhood, adolescence and youth and addictions in early childhood, adolescence and youth. In this regard this literature reviews objective is to revised a few cultural aspects that are in continuous search of self-esteem (Crocker & Park, 2004) and the role of self-transcendence (Cox, 2007)and it's formation onto the way people evaluate themselves.

Keywords. Self-esteem, Childhood, Adolescence, Youth, Self-Transcendence

Enviado. 10-10-2014

Aceptado. 10-11-2014

Correspondencia. hugosimkin@psi.uba.ar

{PSOCIAL}

Revista de Investigación en Psicología Social
Volumen 1. | Número 1. | Año 2014
ISSN 2422-619X

El concepto de autoestima fue originalmente introducido por William James (1890) para referirse a la medida en que las personas se evalúan a sí mismas de acuerdo al éxito o fracaso percibido en alcanzar sus objetivos. Desde entonces, la autoestima ha sido considerada tradicionalmente un componente evaluativo del concepto del sí mismo (Purkey, 1988; Watson & Clark, 1984). Si bien existen numerosos referentes históricos (e.g. Coopersmith, Branden, Epstein) uno de los autores que más ha contribuido al estudio de la autoestima ha sido Moris Rosenberg, quien combinó los enfoques dispares de la psicología del desarrollo y la clínica con el enfoque sociológico sobre la importancia de la estructura social para desarrollar un enfoque integral de su formación, a lo largo del ciclo vital (Owens, Stryker & Goodman, 2006).

Diversos autores observan que esta percepción del sí mismo se construye en el marco del proceso de socialización (Thomas, Gecas, Weigert & Rooney, 1974), en la interacción con diferentes agentes socializadores tales como la familia, los grupos de pares, los medios de comunicación o las instituciones religiosas o educativas (Oñate, 1989). De acuerdo con Rosenberg (1989) estos agentes imponen al niño un estilo característico de la vida, un conjunto de valores y un sistema de creencias e ideales que, imperceptiblemente, proporcionan las bases para autoevaluarse. Desde este punto de vista, muy poco de la "naturaleza humana" es innata; más bien las personas construyen mediante la socialización una comprensión de quiénes son y cuál es su lugar en el sistema social (Owens et al., 2006).

La mayoría de los trabajos observan que la autoestima depende en gran medida de la percepción de autoeficacia, la capacidad de alcanzar los objetivos personales y de la valoración del entorno (Harter, 2012; De Wals, & Meszaros, 2011). Por ejemplo, Mruk (2014) identifica dos fuentes de la autoestima: (1) Competencia y (2) Merecimiento. Mientras la competencia remite a la eficacia, la capacidad para alcanzar con éxito objetivos propuestos, el Merecimiento se define como la valoración personal, que depende de la aceptación y valoración por parte de la familia, el grupo de pares, personas significativas o la comunidad en general.

Si bien la autoestima se gesta en el marco de las interacciones sociales a lo largo de todo el ciclo vital, se observa que la infancia, adolescencia y juventud son las etapas de mayor relevancia para su formación (Craig & Baucum, 1992; Rice & Vestal, 2001). A lo largo de estas etapas, se han identificado diversas problemáticas que afectan negativamente el desarrollo de la autoestima ya sea por inhibir la autoeficacia o por ausencia de apoyo social. El propósito del presente trabajo consiste en revisar la literatura académica en el área relativa a la formación de la autoestima en la infancia, adolescencia y

juventud, las principales problemáticas que se encuentran asociadas a la autoestima en la infancia adolescencia y juventud y las intervenciones más frecuentes para el fortalecimiento de la autoestima en el ámbito clínico y educativo. A tal efecto, en primer lugar se propone un recorrido por el desarrollo del Self y la autoestima en la infancia, adolescencia y juventud. A continuación, se describen las principales problemáticas relevadas que concentran mayor cantidad de estudios: (1) Autoestima y aspecto físico en la infancia y adolescencia, (2) Autoestima e iniciación sexual en la adolescencia, (3) Autoestima, noviazgo y violencia en la adolescencia y juventud, (4) Autoestima y embarazo en la adolescencia y juventud., (5) Autoestima y bullying en la infancia y adolescencia, (6) Autoestima y maltrato en la infancia y adolescencia, (7) Autoestima y trabajo en la Infancia, adolescencia y juventud, (8) Autoestima y desempeño académico en la infancia, adolescencia y juventud, y (9) Autoestima y adicciones en la infancia, adolescencia y juventud.

Finalmente, se discuten los trabajos que plantean el problema de la autoestima basada en la eficacia y se revisan los antecedentes que evalúan la relación entre la Autoestima y autotrascendencia y sus propuestas de intervención.

1 – Self y Autoestima en la Infancia

Si bien se ha argumentado que algunos aspectos del proceso de socialización podrían tener lugar antes del nacimiento, suele asumirse que la formación del self y de la autoestima se inicia en la infancia (Rice & Vestal, 2001), período que se extiende desde el nacimiento, aproximadamente hasta el segundo año de vida (Craig & Baucum, 1992; Trawick-Smith, 2005). En esta etapa, los niños comienzan a desarrollar su capacidad motora y sensorial, el lenguaje y se introducen en la vida social desde el plano afectivo, cognitivo y comportamental (Craig & Baucum, 1992; Papalia, Olds, Feldman, Bari & Sierra, 1992). Así, la formación del autoconcepto y de la autoestima comienza a depender progresivamente de la percepción que los niños pequeños tienen respecto del modo en que son evaluados en sus relaciones interpersonales (e.g. si son buenos, malos, competentes) (Craig & Baucum, 1992). De esta manera, si bien al principio el infante no logra diferenciarse del mundo que lo rodea, progresivamente construye una representación de sí mismo y de su entorno (Craig & Baucum, 1992; Craig & Dunn, 2010; Specht & Craig, 1987). De acuerdo con Rice y Vestal (2001), el sentido del yo surge de manera gradual, cuando los niños toman conciencia que sus pares son personas diferentes a él. En este contexto, de manera progresiva, diferencian las experiencias “internas” de necesidad de las experiencias “externas” de un mundo en que la interacción con otros puede tanto gratificar como atemorizar o frustrar (Nissen-Lie &

Orlinsky, 2014). De acuerdo con Buber (1965), la percepción del self habilita el desarrollo del apego, a partir de que los niños reconocen una presencia poderosa, usualmente percibida como sensible y benigna. A medida que toman conciencia de sí mismos, los niños adquieren cierto sentido de posesividad: “mi pelo”, “la silla de mamá”, lo cual da lugar a que surjan sentimientos de celos, enojo o culpa (Campos, Barrett, Lamb, Goldsmith & Stenberg, 1983; Fasig, 2000; Rice & Vestal, 2001). Las capacidades cognitivas limitadas de los niños en esta etapa inhiben su participación activa en dos procesos críticos que configuran el desarrollo de la autoestima: en primer lugar, no son capaces de hacer comparaciones sociales sofisticadas, y, en segundo lugar, se ven obstaculizados en la determinación y el procesamiento de las percepciones precisas de las evaluaciones reflejadas por lo menos hasta la edad de 7 u 8 años (Ruble, Boggiano, Feldman & Loebel, 1980). Por lo tanto, el self y la autoestima de los niños pequeños se forma en gran medida sobre la base de las autoobservaciones y autoevaluaciones de sus capacidades, comparando su rendimiento actual con desempeños previos (Suls & Mullen, 1982).

Durante la infancia, los niños pequeños intentan incrementar su autoeficacia y ganar independencia, por lo que toman la iniciativa de explorar y experimentar, corriendo el riesgo de cometer errores al probar cosas nuevas y poner a prueba sus límites (Rice & Vental, 2001). Si los adultos encargados del niño promueven estas acciones, facilitarán que el mismo sea autónomo, independiente y seguro, contribuyendo al fortalecimiento de su autoestima (Erikson, 1969). En cambio, si se desaprueban las acciones independientes, el niño puede dudar de sus habilidades y sentirse avergonzado de sí mismo, lo que afecta su autoestima de manera negativa, así como su capacidad para superar obstáculos en el futuro (Bowbly, 1969; Erikson, 1978; Roberts, Gotlib & Kassel, 1996).

Entre los 18 meses y los 3 años, en el marco de la etapa del “deambulador”, los niños adquieren mayor lenguaje, independencia y un sentido más estable y continuo del self. Esto les permite emplear sus capacidades para incrementar su autodirección, autoexpresión y autoafirmación en relación a los demás: se alejan de los otros por sí solos para explorar, regresan cuando quieren, y las primeras frases que pronuncian normalmente son “¡no!” y “yo quiero” (Nissen-Lie & Orlinsky, 2014).

Los años preescolares definen la niñez temprana, etapa en la que los niños continúan su crecimiento físico, cognitivo y lingüístico, fortaleciendo su identidad e incorporando roles de género y pautas sociales a partir de la interacción progresiva con su grupo de pares y diversos miembros de la familia (Rice & Vestal, 2001). Durante la etapa preescolar, el niño aprende ciertas actitudes generalizadas acerca de sí mismo: por ejemplo, que es “lento” o “malhumorado” (Craig & Baucum, 1992). Estas actitudes se construyen a partir del proceso de comparación social, en tanto el niño compara su estatura, el color de

su cabello, su ambiente familiar, sus preferencias y aversiones con los de otros niños (e.g., “soy el más grande y fuerte”, “soy el más rápido”), contribuyendo a la vez a forjar su autoestima (Chafel, 1986; Marsh, Craven & Debus, 1998; Masters, 1971; Spencer & Markstrom-Adams, 1990). Mientras que los niños preescolares de corta edad tienden a definirse en función de características físicas (“tengo pelo rubio”) o de las posesiones (“tengo una bicicleta”), los de mayor edad suelen describirse en mayor medida en función de sus actividades: “voy a la escuela”, “juego al fútbol” (Damon & Hart, 1982; Harter, 2012). Además, los preescolares acostumbran a definirse por medio de historias relativas a su familia: las historias personales que narran los padres pueden ser un medio importante para transmitir las normas morales y sociales a los hijos (Miller, Mintz, Hoogstra, Fung & Potts, 1992; Miller, Wiley, Fung & Liang, 1997). Damon y Hart (1988) categorizan las autopercepciones de los niños, reflejando que remiten a (1) aspectos físicos (“tengo ojos azules”), (2) actividades (e.g. “puedo correr rápido y treparme a un árbol), (3) sociales (e.g. “mi mamá y mi papá me quieren) y (4) psicológicos (e.g. “estoy contento”). En la medida que el niño va creciendo su autoestima dependerá menos de la valoración de sus padres que de su propia experiencia y del modo en que es valorado en el marco de nuevas relaciones interpersonales.

La niñez media coincide con el ingreso de los niños a la escuela primaria (Papalia & Wendkos, 1998; Papalia et al., 1992), lo que amplía el registro para idealizar nuevos modelos, mentores personales y héroes culturales que pueden convertirse en fuentes de formación de la identidad (Nissen-Lie & Orlinsky, 2014). Al inicio de este periodo, la objetividad de los niños respecto de su desempeño se encuentra especialmente modulada por las apreciaciones de sus padres, de modo que niños con un desempeño adecuado pueden valorarse negativamente (Phillips, 1987) y niños con un desempeño regular pueden percibirse de manera muy positiva (Wagner & Phillips, 1992). Progresivamente, durante la niñez media el niño se forma una imagen cada vez más estable de sí mismo y su autoconcepto se adecúa en mayor medida a la imagen que le regresan, no sólo sus padres, sino también otras figuras del entorno (Craig & Baucum, 1992). Dado que las apreciaciones de los padres suelen ser más positivas a menor edad, los niños preescolares suelen tener percepciones más positivas de su competencia en áreas como los deportes que los varones de primer grado, y éstos a su vez se evalúan de manera más positiva que los niños mayores (Eccles, Wigfield, Harold & Blumenfeld, 1993; Stipek & Hoffman, 1980; Schneider, 1998). Promediando la escuela primaria, el razonamiento inductivo permite que puedan comprender múltiples causas para el comportamiento y hacer comparaciones sociales, por lo que los niños comienzan a desarrollar un autoconcepto más “realista”, reconociéndose más capaces en algunas áreas que en otras (Butler, 1990; Mruk, 2006).

En esta etapa, la aparición del nivel "concreto operacional" de la cognición (Piaget & Inhelder, 1969) permite a los niños entender la existencia de la familia como un grupo ordenado y por lo tanto su lugar (es decir, su condición y papel) dentro del grupo, como el hijo o hija de madre y padre, y como el hermano o la hermana de los hermanos y hermanas que también son hijos o hijas de la misma madre y padre, lo que habilita desarrollar apego en función del rol social que desempeña. Antes de la pubertad, al rol familiar se le añade el rol en la comunidad; los ídolos carismáticos o "maestros", o líderes de pares constituyen una fuente de validación para su propio crecimiento personal (Erikson, 1959).

2 - Self y autoestima en la adolescencia

La adolescencia se define como el período de transición entre la niñez y la vida adulta, en el marco del cual tienen lugar la maduración sexual, el desarrollo cognitivo, el pensamiento operatorio formal, los cambios importantes en el autoconcepto, la identidad personal y la independencia progresiva de la familia (Berger, 2002; Harter & Monsour, 1992; Papalia et al., 1992). De acuerdo con Harter (1999), en esta etapa el desarrollo cognitivo y la presión del proceso de socialización conspiran para que los adolescentes desarrollen un autoconcepto más complejo que incorpora la adquisición de nuevos y múltiples roles sociales en el contexto académico, laboral, familiar e, interpersonal. Así, los adolescentes comienzan a ganar autonomía respecto de su grupo familiar, y conforme los amigos se vuelven más íntimos, el grupo de pares cobra mayor relevancia en el proceso de formación del autoconcepto (Sebal, 1989).

A medida que los niños se aproximan a la adolescencia se observa una marcada disminución de su autoestima global como consecuencia de cambios a nivel tanto biológico como de su identidad personal y social (Robins, Trzesniewski, Tracy, Gosling & Potter, 2002; Wigfield, Eccles, Mac Iver, Reuman & Midgley, 1991).

3 - Self y Autoestima en la juventud

De acuerdo con Craig y Baucum (2009), entre los trabajos pioneros que se han ocupado de abordar la juventud, tanto Freud como Erikson identifican como rasgos característicos la necesidad de establecer una relación amorosa y desarrollarse de manera competente en el área laboral. Algunas de las teorías de mayor relevancia se remontan a Maslow (1908-1970) quien propuso una serie de necesidades que las personas procuran alcanzar en el establecimiento del Self: (1) necesidades fisiológicas (2) de

{PSOCIAL}

Revista de Investigación en Psicología Social
Volumen 1. | Número 1. | Año 2014
ISSN 2422-619X

seguridad (3) pertenencia y amor (4) estima (5) cognoscitivas y estéticas (6) autorrealización. De manera similar, Rogers (1961) define el Self como un proceso dinámico antes que un estado estático, cuyo objetivo consiste en alcanzar su máximo potencial.

En la actualidad, se observa que durante la juventud el Self suele abordarse como un constructo multidimensional que deriva de las diferentes relaciones interpersonales e intergrupales que establece la persona, principalmente en relación a la familia y al trabajo. Así, de acuerdo con Beroff et al. (1981) los roles familiares contribuyen decisivamente a que las personas definan quiénes son. En la juventud, los individuos transitan de la familia a la que pertenecieron a la familia a la que pertenecerán (e.g. Hoffman, 1984), transición que puede resultar conflictiva dados los numerosos obstáculos que pueden dificultar la independencia de la familia de origen (e.g. Allen, Hauser, Bell & O'Connor, 1994). Además, las relaciones de pareja presentan un fuerte impacto en la formación del Self y de la autoestima durante la juventud (Wood, Tesser & Holmes, 2013). Por otra parte, el trabajo representa una buena parte del Self (Erikson). Sin embargo, mientras que para algunas personas representa sólo un medio de supervivencia, para otras resulta un espacio de desarrollo personal (Haslam, Knippenberg, Platow & Ellemers, 2014).

4 - Autoestima y aspecto físico en la infancia y adolescencia

Uno de los factores que mayor impacto presenta en la autoestima durante la infancia es el aspecto físico (Molina & Raimundi, 2011). Diferentes estudios han evaluado esta relación tanto en Estados Unidos (Harter, 1985; Stewart, Roberts & Kim, 2010), como en Bélgica (Van Den Bergh & Marcoen, 1999), Holanda (Muris, Meesters, & Fijen, , 2003), España, (Pereda & Forms, 2004) y Argentina (Molina & Raimundi, 2011). McCabe, Ricciardeli, Stanford y cols. (2007) observaron en un estudio con niñas en edad preescolar que las madres transmiten a sus hijas la necesidad de perder peso, lo que se asociaría a una preocupación excesiva por la apariencia y el peso durante la adolescencia. Además, la percepción de las madres de la necesidad de que sus hijas bajen de peso se asocia a su propia insatisfacción con su peso e imagen corporal (Jaffe & Worobey, 2006). A su vez, los padres varones pueden fomentar el aprecio por la delgadez al valorar las figuras femeninas delgadas (Pike & Rodin, 1991). Así, la familia refuerza las influencias culturales sobre la imagen corporal que recibe el individuo (Haworth-Hoepfner, 2000). Además de la familia, se ha observado que el grupo de pares presenta un impacto considerable en el interés por presentar una figura delgada (Phares, Steinberg & Thompson, 2004). Por ejemplo, Dohnt & Tiggemann (2006) observan que en las niñas la insatisfacción de los pares con su propia

imagen corporal predice la propia insatisfacción con la imagen corporal y las conductas dietarias. A la vez, la presión del grupo de pares a través de críticas y burlas impulsa a las niñas a acercarse a cierto ideal estético (Fox & Farrow, 2009; Lunde, Frisén & Hwang, 2007; Nelson, Jensen & Steele, 2011; Gutiérrez Aguilar & López Ruiz, 2006). Basada en historias de vida de diez niñas, Mafrici (2009) observa que la presión por seguir los estándares estéticos del grupo de pares promueve el desarrollo de una baja autoestima e insatisfacción con la imagen corporal.

Finalmente, los medios de comunicación también contribuyen a la construcción de determinado ideal de belleza, el cual se presenta como sinónimo de éxito, felicidad y salud (Castillo Pachón, 2006; Rutzstein, 2002). Este modelo estético centrado en la delgadez es lejano a la realidad de la gran mayoría de las personas, inclusive de los niños (Corti, 2005). Diferentes estudios examinaron el efecto directo de la televisión en la insatisfacción corporal en niñas de 6 - 8 años (Anschutz, Engels & Van Strien, 2012) y preadolescentes de 9 a 12 años (Anschutz, Spruijt-Metz, Van Strien & Engels, 2011) a partir de exponer clips de películas que reflejan en mayor o menor medida el ideal de delgadez. De acuerdo con los autores, especialmente las niñas preadolescentes de mayor edad (11-12 años) mostraron más insatisfacción corporal después de ver el clip que mostraba figuras ideales que después de ver el clip de la televisión neutral. En una muestra de 315 niños, Moriarty y Harrison (2008) encontraron que la exposición a la televisión predijo de manera significativa los desórdenes alimenticios en niñas, no así en niños. De manera similar Anschutz y Engels (2010) observan que jugar con muñecas delgadas afecta los hábitos alimentarios de las niñas.

Durante éste período, parecería evidente que la presentación social del niño es su cuerpo, y en función de los estereotipos de belleza que predominan tanto en la cultura como en el mercado de consumo se determina el grado de autoestima que van adquirir.

De manera similar, la autoestima de las adolescentes puede depender en gran medida del aspecto físico y de cuánto se asemejan a los ideales culturales de belleza (Donnellan, Trzesniewski, Conger, & Conger, , 2007; Harper & Marshall, 1991; Josephs, Markus & Tafarodi, 1992; Van den Berg, Mond, Eisenberg, Ackard & Neumark-Sztainer, 2010). Si bien este fenómeno fue originalmente identificado en la cultura occidental (e.g. Calado, Lameiras, Sepulveda, Rodriguez & Carrera, 2011), progresivamente se han realizado estudios que dan cuenta de la misma relación en países orientales (e.g. Chen & Jackson, 2012). En la adolescencia la imagen corporal cobra mayor relevancia, dado que en esta etapa la iniciación sexual habilita a que otra persona pueda ver y evaluar el propio cuerpo (Vasilenko, Ram & Lefkowitz, 2011). En el contexto local, se ha observado que las mujeres presentan una mayor insatisfacción corporal que los varones (Torresani, Casós, Español, García, Salaberri & Spirito, 2009). La

marcada diferencia de género responde en parte a que el atractivo físico de la mujer es socialmente valorado. Así, las mujeres internalizan una mirada masculina de objetivar y, posteriormente, verse a sí mismas como objetos para ser evaluados por los hombres. Esta internalización, o auto-objetivación, puede conducir a la focalización atencional excesiva en la imagen corporal y a la insatisfacción con la apariencia física (Fredrickson & Roberts, 1997). Diferentes estudios observan que las adolescentes pueden sentirse presionadas por la simple presencia de otra compañera con la cual comparan su figura (Wasilenko, Kulik & Wanick, 2007) o bien por la presión directa de amigos y familiares (Wilksch, Tiggemann & Wade, 2006). Además, se ha observado que la comparación social a través de redes sociales como Facebook contribuyen negativamente en la formación de la autoestima (Fleming 2013; Zabawska, 2013).

Además, el deseo de mantener un cuerpo delgado suele conducir a las adolescentes a realizar conductas riesgosas o poco saludables como consumir suplementos dietarios o padecer desórdenes alimentarios (Borzekowski & Bayer, 2005).

5 - Autoestima e iniciación sexual en la adolescencia.

Se ha observado que los medios de comunicación juegan un papel relevante en el comportamiento sexual de adolescentes y jóvenes, ya que estos tienden a reproducir las actitudes hacia el sexo transmitidas por los medios de comunicación que consumen (Ward, 2003). Además, a medida que los adolescentes ganan autonomía respecto del grupo familiar, la aceptación o rechazo tanto de los pares como de las parejas sexuales, presenta un impacto decisivo en la autoestima (Berndt, 1982; Brown & Lohr, 1987; Leary, Tambor, Terdal, & Downs, , 1995; Laible, Carlo & Roesch, 2004; Martinez & Dukes, 1997). Por ejemplo, en algunos contextos, en atención a ciertos estereotipos culturales, el autoestima de los varones puede asociarse a su experiencia sexual (De Wals & Meszaros, 2012). Contrariamente, en las adolescentes los prejuicios de género pueden conducir a que una mayor experiencia sexual sea negativamente valorada (Trujillo & Barrera, 2002). En este sentido, Miller y Moore (1990) revelan numerosos estudios realizados en la década de los ochenta relativos a la sexualidad adolescente, observando que el comportamiento sexual influye en la autoestima dependiendo del contexto normativo. En el contexto local, Checa (2005) observa que se siguen manteniendo modelos asentados en las culturas occidentales y patriarcales donde se adjudican al varón valores inherentes a una sexualidad activa, independiente y heterosexual, con un inicio temprano de las relaciones sexuales; mientras que, en las mujeres, la expectativa se centra en una sexualidad deserotizada y organizada para la

procreación. De acuerdo con Miller, Christensen y Olson (1987), el comportamiento sexual que contradice estos valores culturales se encuentra asociado con aflicción, pena, tristeza o baja autoestima.

6 - Autoestima, noviazgo y violencia en la adolescencia y juventud

Durante el noviazgo, ciertos signos de maltrato (e.g. pellizcos, celos, llamadas incesantes, chantaje emocional) tienden a no ser percibidos como tales; por el contrario, suelen ser confundidos con muestras de afecto que, en realidad, ocultan conductas sustentadas en la desigualdad entre los sexos (Díaz Aguado, 2002; Caballero & Ramos, 2004). Asimismo, los patrones y las señales de violencia en las relaciones de noviazgo en los adolescentes tienden a reflejarse luego en las relaciones adultas (Rodríguez Martínez, González Acevedo & Hernández Blanco, 2011). Entre los factores que contribuyen a sostener la violencia, se destacan el aislamiento de las mujeres, la ausencia de redes sociales, la inequidad de género en el acceso a recursos económicos y políticos, la distribución desigual de roles al interior de la pareja, y la experiencia de exposición a la violencia como forma de resolver conflictos (Michalski, 2004). Rodríguez Martínez et al., (2011) observan que la mayoría de los adolescentes identifica cierto grado de violencia en sus relaciones de noviazgo y la consideran como un proceso normal. La aparente “normalidad” de la violencia en las relaciones de pareja es reforzada por diferentes agentes de socialización, tales como revistas de hombres y mujeres, en las que se tiende a desresponsabilizar al varón de los actos de violencia (Nettleton, 2011). Además de los medios de comunicación, tanto la familia como los grupos de pares pueden contribuir a persuadir a las víctimas de violencia doméstica que son ellas mismas las responsables de la agresión de sus parejas, en virtud de incumplir con diversas “responsabilidades” atribuidas socialmente a las mujeres (Cascardi, & O'Leary, 1992), lo que impacta negativamente en su autoestima (González-Ortega, Echeburúa & Del Corral, 2008; Howard & Wang, 2003).

7 - Autoestima y embarazo en la adolescencia y juventud

Los estudios que han explorado la relación entre la autoestima y el embarazo adolescente han obtenido resultados limitados (Cheng & Furnham, 2003; McCullough & Scherman, 1991; Robinson & Frank, 1994; Vernon, Green, & Frothingham, 1983). Esta confusión podría deberse en parte a que la relación entre ambos factores depende de la valoración del entorno acerca del embarazo adolescente: mientras que para ciertos sectores resulta una consecuencia indeseada en esta etapa, para otro la maternidad es

un indicador de haberse realizado como mujer (Crockenberg & Soby, 1989). De esta manera, aquellas adolescentes embarazadas que perciben menor apoyo social y familiar tienden a presentar una autoestima baja (Salvador-Moysén, Martínez-López, Lechuga-Quiñones, Ruiz-Astorga, & Terrones-González, 2014; Umaña-Taylor, Guimond, Updegraff & Jahromi, 2013). Se ha observado que la socialización familiar tiene un peso de amplia relevancia, en tanto las adolescentes embarazadas suelen adoptar modelos parentales de sus madres y abuelas que, en el marco de familias que presentan dificultades interpersonales, puede asociarse además a trastornos externalizadores en los niños (Buckingham-Howes, Oberlander, Hurley, Fitzmaurice & Black, 2011). Además, las adolescentes cuyas hermanas han sido madres adolescentes también presentan mayores probabilidades de quedar embarazadas durante éste período (East, Reyes & Horn, 2007). Por su parte, si bien no existen suficientes antecedentes acerca del impacto de los medios de comunicación, algunos estudios sugieren que la exposición al contenido sexual en la televisión podría predecir el embarazo adolescente (Chandra, A., Martino, Collins, Elliott, Berry, Kanouse & Miu, 2008). De manera similar, si bien resultan escasos los trabajos que se han ocupado de la influencia del grupo de pares, existen antecedentes que han encontrado que el modelado en el grupo de pares relativo al comportamiento sexual puede asociarse a conductas que aumentan la probabilidad de embarazo en esta etapa (Brown & Theobald 1999). De esta manera, el proceso de socialización incide en el modo en que el embarazo es valorado, a la vez que determina las actitudes de las adolescentes hacia el aborto (Becerra & Voloschin, 2009). Desde el plano educativo e institucional, se han diseñado numerosos programas con el objeto de abordar la problemática del embarazo adolescente (Kappeler & Farb, 2014).

En la juventud, la inserción de la mujer en el mercado laboral ha traído aparejado una postergación en la maternidad, dado que aún afecta el desarrollo profesional de las mujeres (Gatrell, 2013; Mills, Rindfuss, McDonald & Velde, 2011). En este escenario, a partir de un estudio cualitativo realizado a 15 mujeres que han postergado la maternidad, Koert (2014) identifica seis temáticas: 1) el sentido del dolor de una pérdida; 2) el sentido de ser un extraño en un mundo de madres; 3) la percepción de prejuicios; 4) el sentimiento de impotencia; 5) la necesidad de dar sentido a la falta de hijos; y 6) el sentido de la reconciliación y aceptación. De los resultados se desprende la existencia de una tensión entre la presión social sobre la maternidad y el crecimiento profesional que impacta negativamente en el desarrollo socioemocional de las jóvenes.

Estos estudios sugieren que la maternidad como proyecto de vida se aprende a partir de los agentes de socialización y, consecuentemente, puede resultar problemática en tanto ser madre adolescente o joven sea valorado de manera positiva o negativa por el entorno.

8 - Autoestima y bullying en la infancia y adolescencia

De acuerdo con Eder (1995), mientras que la apariencia es un determinante fundamental de la autoestima de las niñas, la agresividad y la dominancia se presentan como rasgos altamente valorados en los niños. El bullying ha sido definido como acciones negativas físicas o verbales que tienen intenciones hostiles, se repiten en el tiempo, e implican una diferencia de poder entre el agresor y la víctima (Olweus, 1993). Se ha observado que el bullying puede emerger desde los tres años (Vlachou, Andreou, Botsoglou & Didaskalou, 2011) al deliberadamente hacer gestos de burla o reprobación a otros niños, amenazar, romper objetos, empujar o excluir a otros para defender sus posesiones, el territorio y las amistades o demostrar la superioridad y dominación sobre sus pares. De acuerdo con Espelage, y De La Ruev (2012), el comportamiento de bullying es modelado por diversos contextos interrelacionados, como las características individuales, familiares, el grupo de pares y el entorno escolar. En el marco de la familia, los niños que experimentan u observan la violencia familiar, castigo físico, o el uso de la agresión verbal o física para controlar a los demás tienden a presentar un comportamiento intergrupar más agresivo. La investigación sobre el estilo de crianza y el bullying indicó que los padres de los agresores y víctimas tenían más probabilidades de tener un estilo de crianza autoritario. Además, diferentes estudios encontraron que los padres de los agresores y de las víctimas tienden a resultar negligentes con poca o ninguna supervisión de las actividades de sus hijos (Haynie et al., 2001; Jankauskiene, Kardelis, Sukys & Kardeliene, 2008). El aprendizaje de la violencia puede ser reforzado por los medios de comunicación, la televisión o internet en contenidos que glorifican la violencia (Zimmerman, Glew, Christakis & Katon, 2005). Por ejemplo, Stavrinides, Tsivitanou, Nikiforou, Hawa y Tsolia, (2013) observan en un estudio longitudinal una relación recíproca entre la preferencia por los programas de televisión violentos y el bullying. A su vez, los grupos de pares también pueden contribuir a mantener relaciones de poder y de dominación dentro del grupo. Si otros niños observan una situación de acoso “exitosa” pueden adoptar el mismo comportamiento que el agresor. Por ejemplo, Boxer, Guerra, Huesmann y Morales (2005) observaron que el comportamiento agresivo de una persona estaba modulado por la agresividad del grupo, de modo que aumentaba si el grupo era más agresivo y disminuía si era menos agresivo. Las víctimas de violencia escolar suelen presentar estrés, ansiedad y síntomas depresivos (Juvonen, Nishina y Graham, 2000; Kaltiala-Heino, Rimpela, Rantanen & Rimpela, 2000; Seals & Young, 2003), así como problemas de aislamiento, exclusión social en la escuela y dificultades para integrarse socialmente en el grupo de compañeros (Prinstein, Boergers & Vernberg, 2001; Storch & Masia-Warner, 2004), lo que se asocia además a una menor autoestima (Garaigordobil, Martínez-Valderrey & Aliri, 2013).

Durante la adolescencia temprana, la función y la importancia del grupo de pares cambia dramáticamente (Crockett, Losoff & Petersen, 1984; Dornbusch, 1989). Los adolescentes, en busca de la autonomía de sus padres, remiten a sus compañeros para discutir los problemas, sentimientos, temores y dudas (Sebold, 1992; Youniss & Smollar, 1985). Sin embargo, la dependencia del grupo de pares incrementa la presión por alcanzar estatus o poder dentro del grupo (Corsaro & Eder, 1990; Eder, 1985). De acuerdo Esteez Lopez, Martinez Ferrer y Musitu (2006) los adolescentes victimizados en la escuela se perciben a sí mismos más negativamente en su autoestima, en comparación con los agresores, quienes se perciben a sí mismos como altamente competentes. Los autores sugieren que una posible explicación es que los adolescentes agresivos son en numerosas ocasiones figuras importantes en su grupo de pares (Gilford-Smith & Brownell, 2003; Hawley & Vaughn, 2003) e incluso populares y queridos entre sus compañeros (Salmivalli, 1998), lo que les hace disfrutar de ciertos beneficios sociales que se reflejan en su bienestar (Little, Brauner, Jones, Nock & Hawley, 2003). Desde muy temprano, el entorno social no consuela a la víctima, sino que la estimula a “defenderse”, y esto lleva a visualizar la ausencia de respuestas ofensivas en los varones como conductas “femeninas”, lo cual conlleva una cierta estigmatización por la sociedad patriarcal que rodea a los niños.

8 - Autoestima y maltrato en la infancia y adolescencia

El maltrato infantil se refiere a los abusos y la desatención de los cuales son objeto los niños, niñas y adolescentes menores de 18 años, e incluye todos los tipos de maltrato de los cuales éstos pueden ser víctimas por parte de los adultos. Arruabarrena y De Paúl (1994) definen el maltrato físico como cualquier acción no accidental por parte de los padres o cuidadores que provoque un daño físico o una enfermedad en el niño, niña o adolescente, o lo/a coloque en grave riesgo de padecerlo. Entre estos actos se incluyen los golpes, moretones, heridas y raspaduras, las quemaduras, cortes y pinchazos, las fracturas, torceduras y dislocaciones, las señales de mordeduras humanas, las lesiones internas, las fracturas de cráneo o daño cerebral, y la asfixia o ahogo. Asimismo, los autores definen el maltrato emocional como la hostilidad verbal crónica en forma de insulto, burla, desprecio, crítica y amenaza de abandono, y constante bloqueo de las iniciativas de interacción infantiles –desde la evitación, hasta el encierro– por parte de cualquier miembro adulto del grupo familiar. Este tipo de maltrato se produce cuando un cuidador no le brinda al niño, niña o adolescente las condiciones emocionales propicias para su desarrollo e incluye actos que tienen efectos adversos sobre su salud emocional, como la restricción de sus movimientos, la denigración, la ridiculización, las amenazas e intimidaciones, la discriminación, el rechazo y otras formas no físicas de hostilidad. Los autores mencionan además el rechazo a las

{PSOCIAL}

Revista de Investigación en Psicología Social
Volumen 1. | Número 1. | Año 2014
ISSN 2422-619X

iniciativas de apego, la exclusión de las actividades familiares, la transmisión habitual de una valorización negativa, la negación de autonomía, las conductas ambivalentes e impredecibles, los dobles mensajes, el aislamiento social y la prohibición de participar de actividades con sus pares. Por último, los autores definen el abuso sexual como “cualquier clase de contacto sexual en un niño, niña o adolescente menor de 18 años por parte de un familiar o tutor adulto desde una posición de poder o autoridad sobre el niño, niña o adolescente”. Este tipo de maltrato incluye prácticas como el incesto (parientes con consanguineidad lineal o adultos que estén desempeñando el rol de figura parental), la violación (personas adultas no incluidas en el ítem anterior), las vejaciones sexuales, manoseos o toqueteos hacia el niño, niña o adolescente, o de este/a hacia el adulto, y el abuso sexual sin contacto físico, como el exhibicionismo, y la exposición al acto sexual o a pornografía gráfica o audiovisual. Este tipo de situaciones coloca a la víctima del abuso sexual en situación de extrema vulnerabilidad.

Numerosos trabajos han identificado asociaciones negativas entre el maltrato infantil y la autoestima en diferentes contextos tales como Estados Unidos (Cherry, 2008; Kim & Cicchetti, 2004) o Taiwan (Shen, 2008). Así, se ha observado que los padres abusivos tienden a presentar una autoestima menor que la población general (Shorkey, 1980). De acuerdo con Finkelhor (1986) el maltrato infantil, al igual que otras formas de maltrato, las víctimas son persuadidas de aceptar su baja autoestima, lo que legitima el poder del abusador.

En particular, en los niños institucionalizados sometidos a una grave privación social y económica, y en contextos familiares adversos vinculados al alcoholismo, adicciones, negligencia física, altos índices de violencia, delincuencia, prisión y/o desaparición voluntaria o por fallecimiento de uno o ambos padres, tanto la percepción de autoeficacia como de aceptación social se encuentran seriamente comprometidas, y la baja autoestima se encuentra en estrecha conexión con elevados índices de hiperreactividad, desconfianza y agresividad en las diferentes situaciones sociales y escolares (Musitu Ochoa, Clemente, Escarti, Ruipérez & Román, 1990). Sin embargo se ha observado que en algunos casos, pueden aparecer juicios reparatorios para justificar las conductas de padres y/o hermanos.

9 - Autoestima y trabajo en la infancia, adolescencia y juventud

La mayoría de los estudios que tratan sobre la relación entre trabajo infantil y calidad de vida, parten de la premisa de que la escuela es el “único lugar natural de la infancia” y cualquier forma de trabajo es una actividad destinada a “robarle al niño su niñez” (Morales, 2014). En este sentido, Sinervo (2013) observa que en Cusco, Perú, los niños vendedores informales que participan en la industria del turismo

a menudo son estigmatizados como “pobrecitos”, niños pobres que están en situación de vulnerabilidad económica y psicológica. El-Khodary, Anwar y Youssri (2010) realizaron un estudio en una muestra de niños en Alejandría en el que observaron que los niños del grupo que no trabajan tienden a presentar una mayor autoestima que aquellos que sí lo hacen. Por su parte, Dada (2013) observa que los niños que se dedican a la venta ambulante en Nigeria pueden ver su estima afectada negativamente. Sin embargo, la gran variedad de formas de trabajo de niños, niñas y adolescentes a lo largo y ancho de la historia permiten inferir que dicha práctica podría interpretarse no sólo como “explotación” y “despojo a la infancia”, sino también como una práctica que implicaría el reconocimiento social, la independencia, los derechos, la participación y el desarrollo de la autoestima (Morales, 2014). En el mismo sentido, para Rausky (2011) estas referencias morales negativas sobre el trabajo infantil se contraponen en la actualidad con desarrollos conceptuales, propuestas de políticas y las posiciones asumidas que apoyan y promueven el trabajo infantil, sustentadas en la idea de que la ejecución de actividades laborales por parte de los niños y las niñas contribuye a su bienestar. En el contexto argentino Paz y Piselli (2011) observan que a pesar de la relación que a nivel descriptivo puede hallarse, ni la pobreza monetaria ni las privaciones materiales son determinantes cruciales y de peso en la decisión de los hogares de hacer trabajar a niños y adolescentes. De acuerdo con Morales (2014), el impacto negativo del trabajo en la autoestima de niños, adolescentes y jóvenes podría depender de diversos factores, entre los que se destacan la carga horaria, la presión externa y las motivaciones de la persona para realizar el trabajo.

De acuerdo con Markus y Nurius (1986) el trabajo constituye uno de los principales factores en la construcción del self y su valoración positiva o negativa depende principalmente de la valoración que el entorno adjudique a determinada tarea para determinada persona. Desde esta perspectiva se puede comprender el impacto en la autoestima de la presión social por la elección de carrera para los adolescentes y, en el caso de los jóvenes, su éxito profesional.

10 - Autoestima y desempeño académico en la infancia, adolescencia y juventud

Durante la etapa escolar, la autoestima suele estar asociada al desempeño académico (Craig & Baucum, 1992), ya que muchos niños que tienen éxito en la escuela, muestran una mayor autoestima que los que no lo tienen (Alpert-Gillis & Connell, 1989). El desempeño académico también ha presentado un impacto considerable en diferentes contextos como Korea (Park, Song & Lee, 2011), Turquía (Ertugut & Ertugut, 2010) y Malasia (Arshat, 2010). Aunque el rendimiento académico suele ser altamente valorado dentro del contexto familiar (e.g. Farris, Burke Lefever, Borkowski & Whitman,

2013) y reforzado en el contexto escolar (Harter, 1999), si el niño proviene de una cultura o subcultura en la que no se juzga importante la escuela, su autoestima quizá no se encuentre relacionada con el logro académico, sino que dependa del grado de competencia alcanzado en aquellas áreas valoradas por su entorno.

Eccles y sus colegas (Eccles et al., 1993; Eccles, Midgley & Adler, 1984), al igual que Simmons y Blyth, (1987) han observado que la disminución de la autoestima durante la adolescencia responde en parte al modelo educativo, que presenta cambios importantes entre la escuela primaria y el colegio secundario, los cuales implican un mayor énfasis en las evaluaciones escolares y el desempeño académico. En este sentido, diferentes autores observan que la autoestima de los adolescentes se encuentra asociada al desempeño académico y al fracaso escolar con mayor frecuencia que durante la infancia (Nelston & Shavitt; Harrington & Liu, 2006). En el contexto local, Urquijo (2002) realizó un estudio en el que evaluó 850 adolescentes de escuelas públicas y privadas de la ciudad de Mar del Plata, observando que el desempeño académico se encontraba asociado a una imagen más positiva del sí mismo. Estos resultados constatan lo observado por estudios similares en el plano internacional, como Alemania (Arens, Yeung, Nagengast & Hasselhorn, 2013), Inglaterra (Marsh & O'Mara; 2008), Iran (Askarian & Khorami, 2014), Emiratos Arabes (Afari, Ward & Khine, 2012), Tailandia (Sarma & Kurpius, 2012), Portugal (Peixoto & Almeida, 2010), Estados Unidos (Booth & Gerard, 2011), China (Zeigler-Hill, Li, Masri, Smith, Vonk, Madson & Zhang, (2013), Singapur (Tan & Tan, 2013) o Azerbaiyán (Aryana, 2010), entre otros.

Se ha observado que la deserción escolar en el contexto argentino constituye aún un problema central del ámbito educativo (Otero, 2011), aunque no existen antecedentes que exploren la valoración subjetiva de la educación en adolescentes que no continuaran sus estudios secundarios.

11 – Autoestima y adicciones en la infancia, adolescencia y juventud

Se han definido las adicciones como la repetición continuada de un comportamiento pesar de consecuencias adversas o un deterioro neurológico que conduce a tales comportamientos (Angres & Bettinardi-Angres, 2008). Si bien se han observado adicciones a las drogas, al ejercicio, a la comida, a la computadora, los juegos de azar y hasta los videojuegos, sólo las adicciones a sustancias y a los juegos de azar son reconocidos por el DSM-5 (APA, 2013). A pesar de que se han reportado numerosos factores que favorecen la aparición de comportamientos adictivos, se ha señalado que el proceso de socialización juega un papel central. Por ejemplo, Yu (2003) observó que los padres que consumen

alcohol modelan el consumo de sus hijos durante la adolescencia y la juventud. A partir de un diseño experimental, Harakeh y Vollebergh (2012) observaron que los pares fumadores tienen un fuerte impacto en el comportamiento de fumar de los jóvenes universitarios. Anderson, De Bruijn, Angus, Gordon y Hastings (2009) realizaron un estudio metaanalítico en el que relevaron trece estudios longitudinales que comprendían 38.000 jóvenes, cuyo resultado sugiere que la exposición a los medios de comunicación y comerciales sobre alcohol se encuentra asociado con la probabilidad de que los adolescentes comiencen a beber y con un aumento en la ingesta entre bebedores de línea de base.

Durante las últimas décadas los estudios que han vinculado autoestima a las adicciones en niños, adolescentes y jóvenes han dado lugar a resultados inconsistentes (Donnelly et al., 2008; Kavas, 2008). Esta inconsistencia puede deberse a limitaciones conceptuales y metodológicas, problemas en la evaluación de los constructos y la mala interpretación de los datos estadísticos (Kounenou, 2010). Uno de los motivos que podría explicar la asociación negativa entre la autoestima y la adicción radica en el impacto negativo que presenta la adicción en la autoeficacia (Kadden & Litt, 2011). Sin embargo, la aceptación social se encuentra dividida: mientras que algunos miembros del entorno pueden mostrar preocupación, otros (generalmente pares) pueden reforzar la conducta adictiva (Ventura, Souza, Hayashida & Ferreira, 2014). Por este motivo, resulta necesario continuar realizando estudios que puedan discriminar cómo y de qué manera las diferentes adicciones se encuentran asociadas a la autoestima.

12 - El problema de la autoestima basada en la eficacia

La relación entre la autoestima, el desempeño y la autoeficacia ha sido atribuida a aspectos culturales vinculados a la ética protestante, la creencia en la autosuficiencia, y la idea de meritocracia, según la cual las personas obtienen lo que se merecen en base al esfuerzo individual (Crocker & Park, 2004; Lemann, 1999). En conjunto, estas ideas conducen a los individuos a la conclusión de que su valor como personas no es algo dado, sino que debe ganarse en base al esfuerzo individual, lo que determina su autoestima (Crocker & Park, 2004). Desde esta cultura, la “receta” para mantener una alta autoestima consiste en ser eficaz y superior a los demás (Markus & Kitayama, 1991), lo que presupone el riesgo de ser inútil, fallar como individuo y carecer de cualidades que hacen a una persona digna y valiosa (Crocker & Park, 2004). Por otra parte, de acuerdo con Gecas y Schwalbe (1983) la autoestima basada en la eficacia depende de las oportunidades del sujeto de resultar eficaz en sus objetivos. Así, diferentes condiciones, tales como la distribución de los recursos tanto materiales como inmateriales

(e.g., conocimiento) en la sociedad, pueden fomentar o inhibir la oportunidad de las personas de resultar eficaces (Gecas & Schwalbe, 1983; Gecas, 1989; Gecas & Seff, 1989).

El esfuerzo por mantener una alta autoestima ha despertado el interés de numerosos investigadores en los últimos años (Baumeister, Campbell, Krueger & Vohs, 2003; Heine, Lehman, Markus & Kitayama, 1999; Pyszczynski, Greenberg & Solomon, 1997; Sheldon, Elliot, Kim & Kasser, 2001), elaborándose gran cantidad de manuales, libros de autoayuda, artículos periodísticos y académicos que aportan estrategias para fortalecer la autoestima personal y dan consejos para que padres y maestros puedan promover una alta autoestima en los niños y adolescentes (Benson, Galbraith & Espeland, 1998; Glennon, 1999; Miller, 2000). La relevancia de tal emprendimiento radica en que, como se señaló anteriormente, diversos estudios destacan la relación entre la baja autoestima, la deserción escolar, el embarazo adolescente o el consumo de sustancias (Dawes, 1994; McElherner & Lisovskis, 1998; Mecca, Smelser & Vasconcellos, 1989; Seligman, 1998). Nuevamente, el esfuerzo por mantener una alta autoestima ha conducido a la comunidad académica a considerarla como un fenómeno universal (Allport, 1955; Baumeister, Heatherton & Tice, 1993; Maslow, 1968; Rogers, 1961; Rosenberg, 1979; Solomon, Greenberg & Pyszczynski, 1991; Taylor & Brown, 1988). Sin embargo, Crocker y Park (2004) sugieren que la importancia de la autoestima radica no sólo en si como rasgo resulta alta o baja, sino también en la búsqueda y el esfuerzo constante por mantenerla elevada. En este sentido los autores observan que, dado que el aumento de la autoestima se asocia con un mayor bienestar y la disminución de la autoestima a emociones más negativas, el interés por regular la autoestima presenta importantes consecuencias motivacionales. Así, en aquellos aspectos de la vida que inciden en la autoestima, las personas adoptan el objetivo de validar sus habilidades o cualidades, y por lo tanto su autoestima (Crocker & Park, 2004). Cuando las personas se proponen legitimar su valía, pueden encontrar motivación en el desafío de resultar exitosas, aunque también pueden reaccionar de manera destructiva o autodestructiva a posibles amenazas. Esto se debe a que perciben el aprendizaje como un medio para alcanzar el éxito o el fracaso en lugar de percibir el éxito o el fracaso como un medio para el aprendizaje (Crocker & Park, 2004). Para los autores, si en la búsqueda de la autoestima se tiene éxito, se obtienen beneficios emocionales motivacionales, pero el costo a la vez suele ser elevado, dado que la posibilidad de fracasar en tales objetivos puede conducir a incrementar los niveles de ansiedad, el estrés y a un empobrecimiento del estado de salud mental (Baumeister & Leary, 1995; Crocker, 2002; Deci & Ryan, 2000).

Siguiendo a Crocker y Park (2004) cuando la gente persigue una elevada autoestima, sus acciones son guiadas por creencias acerca de lo que tienen que hacer o tener para alcanzar dignidad y valor como

persona. Así, para los autores, en la búsqueda de la autoestima la gente a menudo crea lo contrario de lo que necesita para prosperar y esta persecución tiene un alto costo para los demás. El éxito en estos objetivos no sólo significa "lo logré", sino también "yo soy todo un éxito y por lo tanto me siento digno/a". El fracaso no sólo significa "he fallado", sino también "soy un fracaso, por lo que me siento inútil".

13 - Autoestima y autotranscendencia

La autoestima se construye a lo largo del proceso de socialización a partir de la interacción con diferentes agentes, formándose las personas una idea acerca de quiénes son y cuánto valen. Esta visión estereotipada de sí mismos, sumado al interés por alcanzar éxito y reconocimiento social puede, siguiendo a Crocker y Park (2004), promover ciertos beneficios motivacionales, pero a la vez puede conducir a las personas a experimentar emociones negativas. Por este motivo, numerosos autores se han interesado en estudiar la autotranscendencia, término que surge en relación con los estudios acerca del self (Cox, 2007). Desde diferentes perspectivas teóricas la autotranscendencia ha sido definida como el reconocimiento del propio self que conduce al equilibrio intrapsíquico (Jung, 1933), la comprensión de una universalidad ontológica que motiva la búsqueda de la madurez psicológica (Maslow, 1971), el grado en que una persona identifica el self como una parte integral del universo como un todo (Cloninger, Svrakic, & Przybeck, 1993), y una aceptación de la importancia de la naturaleza, la cultura, y el self como un sistema integrado (Frankl, 1966). Más recientemente, para Reed (2003) la autotranscendencia se define como la capacidad de expansión del self a nivel intrapersonal (mayor conciencia de la propia persona), interpersonal (relaciones con los demás y su entorno), temporal (integración del pasado y el futuro de una manera que tengan sentido para el presente) y transpersonal (conexión con las dimensiones más allá del mundo típicamente perceptible). De manera similar a Reed, Tornstam (1997) evalúa la autotranscendencia desde la perspectiva del desarrollo, introduciendo la noción de gerotranscendencia para referirse a un cambio en la metaperspectiva, de una racional y materialista a una más trascendente, acompañada de un aumento en la satisfacción con la vida. El término involucra comprender la transitoriedad y la naturaleza provisional de las cosas, las relaciones, los roles, los éxitos que crean un sentido sustancial del self (Levenson, Jennings, Aldwin & Shiraishi, 2005). La capacidad de desapegarse de las definiciones externas del self y disolver los lazos rígidos entre el self y los otros habilita la autotranscendencia, una disminución de la atención al self (Loy, 1996).

Las personas experimentan la autotranscendencia a diario, por ejemplo, cuando quedan tan "atrapadas" en la lectura de un libro o en una melodía que se sienten desorientados al regresar a la realidad, o

cuando los deportistas se concentran tan intensamente en una tarea que pueden experimentar una sensación de abstraerse del tiempo y del espacio. Las personas espirituales o religiosas pueden experimentar una sensación similar a través de la oración o la meditación, al percibir una conexión con Dios, el Universo o un Todo. En los ejemplos anteriores, las personas experimentan una desfocalización atencional del "Self".

Siguiendo a Garcia-Romeu (2010), los enfoques de Reed y Tornstam resultan compatibles con la noción de Trascendencia Espiritual de Piedmont, que se refiere a la capacidad de los individuos de distanciarse de su existencia inmediata, de su sentido del tiempo y espacio, para observar la vida desde una perspectiva más amplia (e.g. Piedmont, 1999; Piedmont, 2001). De acuerdo con Piedmont, algunas personas perciben su vida dentro del contexto en el que viven, respondiendo a las demandas y las necesidades del aquí ahora, lo que podría considerarse un horizonte de eventos corto. Otras personas, en cambio, ven sus vidas como parte de una generación específica o cohorte, y presentan un vínculo emocional con otras personas de su generación y de las generaciones que siguen, lo que representa un horizonte de eventos medio. Finalmente, otras personas se perciben a sí mismas como parte de una vía ontológica eterna que implica responsabilidades con otras personas tanto aquí y ahora como con otras personas que ya no están, lo que se considera un horizonte de eventos largo.

Desde este enfoque trascendental, las personas observan una unidad fundamental entre las diferentes "cosas" de la naturaleza y encuentran un vínculo con los demás que no puede ser cortado ni siquiera por la muerte. Las personas con alta Trascendencia Espiritual presentan una perspectiva más holística, interconectada, perciben una sincronicidad en la vida y desarrollan un compromiso hacia los demás (Piedmont, 1997).

Discusión y conclusiones

Numerosos trabajos observan que el self y la autoestima se construyen en el marco del proceso de socialización, principalmente durante la infancia, la adolescencia y la juventud. A lo largo de estas etapas, diferentes problemáticas como el bullying, los ideales culturales de belleza o el desempeño académico juegan un papel determinante en su formación. En tanto la socialización es uno de los parámetros fundamentales para que el niño devenga en adulto, el mecanismo para lograr la adaptación a las normas sociales tiene como base el conjunto de emociones positivas que sienten el bebé y el niño cuando sus conductas son aprobadas por los otros que lo rodean y cuya función esencial es la satisfacción de sus necesidades. A medida que cronológicamente el niño atraviesa diferentes

estamentos educativos, la autoestima depende en parte de la autoeficacia, asentándose en el mérito propio o en el cumplimiento de los objetivos educativos. En alguna medida, la autoestima podría considerarse un indicador del éxito de la socialización. En tanto el bebé va a privilegiar aquellas conductas del adulto que produzcan un estado total de satisfacción y bienestar, intentará imitar aquellas conductas que son visualizadas como satisfactorias para el otro con quién se comunica. Con el correr del tiempo, los pares se van a tomar como un grupo de referencia, desde el jardín maternal, el grupo de pares se instala como modelo predominante para su imitación.

A su vez, siendo la adolescencia un período de la vida donde se recurre a la transgresión como forma de afianzar la independencia, se genera un conjunto de valores positivos para aquellos que deciden transgredir las normas vigentes, lo cual es reforzado por el grupo de pares. Por otra parte, es interesante constatar que a pesar de que en la actualidad la esperanza de vida es mayor que en años anteriores, las exigencias sociales sobre los adolescentes se han mantenido intactas, ante la presión por definir en tan poco tiempo una carrera profesional y la consolidación de una pareja estable. Esta exigencia podría explicar que la mayoría de los estudios encuentre una marcada disminución en la autoestima durante la etapa de la adolescencia.

Estudiar la formación de la autoestima resulta de un valor inagotable para fundamentar estrategias de intervención sobre diferentes temáticas, cuya finalidad consista en generar mecanismos de prevención de los temas que afectan a niños, adolescentes y jóvenes, y también a docentes y maestros. Por otra parte, siguiendo a Crocker y Park (2004), desde la creación del grupo de trabajo para el fortalecimiento de la autoestima en California en 1986, la mayoría de las intervenciones se orientaron a la incrementar la autoestima a partir de generar estrategias orientadas a aumentar la autoeficacia. Tal como sugieren los autores, si bien esto puede implicar beneficios motivacionales, al mismo tiempo, la presión constante por alcanzar un ideal cultural, así como obtener aprobación, puede convertirse en una fuente inagotable de insatisfacción. A la vez, como sugiere Piedmont (1999), se ha observado que las personas que perciben haber experimentado cierta sensación de autotranscendencia, de distanciamiento del self, refieren una mayor calidad de vida, presentan una mayor autoestima, una perspectiva más holística, interconectada, perciben una sincronidad en la vida y desarrollan un compromiso hacia los demás. En consecuencia, en las últimas décadas ha surgido un conjunto de modelos de intervención que han incluido estrategias tendientes a promover la desfocalización atencional en el self y una mayor percepción de autotranscendencia (Korman & Garay, 2012). Desde estos enfoques, se han diseñado y evaluado programas de aplicación en el ámbito educativo, principalmente en población adolescente (e.g. Hayes & Rowse, 2008; Livheim et al., 2014). Por ejemplo, al igual que Crocker y Park, Hayes (1999),

observa que el vínculo entre el self y una performance exitosa se encuentra enraizado en la cultura popular, a la vez que ha sido ampliamente reforzado por la psicología a partir de conceptos como el de autoeficacia. Para el autor, si bien originalmente se ha pensado que las intervenciones deberían apuntar a eliminar las creencias negativas y limitantes acerca del Self e inducir autoconfianza, los nuevos modelos introducen la idea de que quizás no existan creencias positivas o negativas que en sí mismas resulten problemáticas. Por el contrario, sería el apego a esas creencias el que generaría problemas. Desde esta perspectiva, el sufrimiento sería en parte consecuencia de la innecesaria lucha con el mundo estructurado por su significado literal. Para los autores, la clave consistiría en percibir el contenido de los pensamientos (e.g. de creencias negativas acerca del self), percibir que se percibe el contenido y no preocuparse o estar apegado al contenido, o identificarse al mismo. En lugar de diseñar intervenciones al servicio de crear nuevas capas de lenguaje en aras de una vida racional, corregir distorsiones cognitivas o crear mayor comprensión de nuestra historia de vida, Hayes et al. (1999) sugieren disminuir el valor y el rol de los procesos verbales ligados al contenido, a la vez que promueven experimentar el sentido de completud que nace de la sensación de autotrascendencia.

A partir de lo expuesto, se concluye que dado que el self y la autoestima se construyen en base a la interacción interpersonal y las valoraciones sociales, al margen de diseñar estrategias de intervención que promuevan el incremento de la autoeficacia, cobra particular relevancia el diseño de intervenciones que promuevan un distanciamiento crítico del self y de los parámetros sociales desde los cuales evaluamos y somos evaluados por otros. Estas intervenciones permitirían el desarrollo de una mayor flexibilidad cognitiva que habilite mejores estrategias de afrontamiento para sobreponerse a las diferentes problemáticas que pueden presentarse a lo largo de la vida.

Referencias

- Afari, E., Ward, G., & Khine, M. S. (2012). Global Self-Esteem and Self-Efficacy. Correlates: Relation of Academic Achievement and Self-Esteem among Emirati Students. *International Education Studies*, 5(2), 49-57.
- Allen, J. P., Hauser, S. T., Bell, K. L., & O'Connor, T. G. (1994). Longitudinal Assessment of Autonomy and Relatedness in Adolescent-Family Interactions as Predictors of Adolescent Ego Development and Self-Esteem. *Child development*, 65(1), 179-194.
- Allport, G. W. (1955). *Becoming; basic considerations for a psychology of personality* (Vol. 20). Yale University Press.

- Alpert-Gillis, L. J., & Connell, J. P. (1989). Gender and Sex-Role influences on children's Self-Esteem. *Journal of Personality*, 57(1), 97-114.
- Anderson, P., De Bruijn, A., Angus, K., Gordon, R., & Hastings, G. (2009). Impact of alcohol advertising and media exposure on adolescent alcohol use: a systematic review of longitudinal studies. *Alcohol and alcoholism*
- Angres, D. H., & Bettinardi-Angres, K. (2008). The disease of addiction: Origins, treatment, and recovery. *Disease-a-Month*, 54(10), 696-721.
- Anschutz, D. J., & Engels, R. C. (2010). The effects of playing with thin dolls on body image and food intake in young girls. *Sex roles*, 63(9-10), 621-630.
- Anschutz, D. J., Engels, R. C., & Van Strien, T. (2012). Increased body satisfaction after exposure to thin ideal children's television in young girls showing thin ideal internalisation. *Psychology & health*, 27(5), 603-617.
- Anschutz, D. J., Spruijt-Metz, D., Van Strien, T., & Engels, R. C. (2011). The direct effect of thin ideal focused adult television on young girls' ideal body figure. *Body image*, 8(1), 26-33.
- Arens, A. K., Yeung, A. S., Nagengast, B., & Hasselhorn, M. (2013). Relationship between self-esteem and academic self-concept for German elementary and secondary school students. *Educational Psychology*, 33(4), 443-464.
- Arruabarrena, M. I. & De Paúl, J. (1994). *Maltrato a los niños en la familia: evaluación y tratamiento*. Pirámide: Madrid.
- Arshat, Z. (2010). *Effects of Family Strength on Social Competence, Self-Esteem and Academic Achievement of Second-Generation Felda Settlers' Children* (Doctoral dissertation, Universiti Putra Malaysia).
- Aryana, M. (2010). Relationship between self-esteem and academic achievement amongst pre-university students. *Journal of Applied Sciences*, 10(20), 2474-2477.
- Askarian, M., & Khorami, M. (2014). *Investigating the Relationship between Self-Esteem and Academic Advance of Female Students in High Schools of Tehran*.
- Baumeister, R. F., & Leary, M. R. (1995). The need to belong: desire for interpersonal attachments as a fundamental human motivation. *Psychological bulletin*, 117(3), 497.
- Baumeister, R. F., Campbell, J. D., Krueger, J. I., & Vohs, K. D. (2003). Does high self-esteem cause better performance, interpersonal success, happiness, or healthier lifestyles?. *Psychological science in the public interest*, 4(1), 1-44.

- Baumeister, R. F., Heatherton, T. F., & Tice, D. M. (1993). When ego threats lead to self-regulation failure: negative consequences of high self-esteem. *Journal of personality and social psychology*, 64(1), 141.
- Benson, P. L., Galbraith, J., & Espeland, P. (1998). *What Kids Need To Succeed: Proven, Practical Ways To Raise Good Kids. (Revised, Expanded)*. Free Spirit Publishing: Minneapolis
- Bhatti, B., Derezotes, D., Kim, S., & Specht, H. (1989). The association between child maltreatment and self-esteem (pp 24-71). En A.M. Mecca, N.J: Smelser & J. Vasconcellos (Eds) *The social importance of self-esteem*, London: University of California Press.
- Booth, M. Z., & Gerard, J. M. (2011). Self-esteem and academic achievement: a comparative study of adolescent students in England and the United States. *Compare: A Journal of Comparative and International Education*, 41(5), 629-648.
- Borzekowski, D. L., & Bayer, A. M. (2005). Body image and media use among adolescents. *Adolescent medicine clinics*, 16(2), 289-313.
- Bowlby, J. (1969). *Attachment* (vol. 1). NY: Basic Books.
- Boxer, P., Guerra, N. G., Huesmann, L. R., & Morales, J. (2005). Proximal peer-level effects of a small-group selected prevention on aggression in elementary school children: An investigation of the peer contagion hypothesis. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 33(3), 325-338.
- Brehmer, B. (1994). The psychology of linear judgement models. *Acta Psychologica*, 87(2), 137-154.
- Brown, B. B. & Theobald, W. (1999). *Peers Matter: A Research Synthesis of Peer Influences on Adolescent Pregnancy*. Washington, D.C.: National Campaign To Prevent Teen Pregnancy.
- Brown, B. B., & Lohr, M. J. (1987). Peer-group affiliation and adolescent self-esteem: an integration of ego-identity and symbolic-interaction theories. *Journal of Personality and Social Psychology*, 52(1), 47.
- Buber, M. (1965). Elements of the interhuman. In M. Friedman (Ed.), *The knowledge of man: Selected essays*. New York, NY: Harper & Row.
- Buckingham-Howes, S., Oberlander, S. E., Hurley, K. M., Fitzmaurice, S., & Black, M. M. (2011). Trajectories of Adolescent Mother-Grandmother Psychological Conflict During Early Parenting and Children's Problem Behaviors at Age 7. *Journal of Clinical Child & Adolescent Psychology*, 40(3), 445-455.
- Calado, M., Lameiras, M., Sepulveda, A. R., Rodriguez, Y., & Carrera, M. V. (2011). The association between exposure to mass media and body dissatisfaction among Spanish adolescents. *Women's Health Issues*, 21(5), 390-399.

- Campos, J. J., Barrett, K. C., Lamb, M. E., Goldsmith, H. H., & Stenberg, C. (1983). Socioemotional development. *Handbook of child psychology*, 2, 783-915.
- Canto Ortiz, J. M., & Moral Toranzo, F. (2005). El sí mismo desde la teoría de la identidad social. *Escritos De Psicología*, (7), 59-70.
- Chafel, J. A. (1986). Social comparisons by young children: A structural analysis. *Early Childhood Research Quarterly*, 1(2), 155-165.
- Chandra, A., Martino, S. C., Collins, R. L., Elliott, M. N., Berry, S. H., Kanouse, D. E., & Miu, A. (2008). Does watching sex on television predict teen pregnancy? Findings from a national longitudinal survey of youth. *Pediatrics*, 122(5), 1047-1054.
- Checa, S. (2005). Implicancias del género en la construcción de la sexualidad adolescente. *Anales de la Educación Común Ed. Dirección General de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires*.
- Chen, H., & Jackson, T. (2012). Gender and age group differences in mass media and interpersonal influences on body dissatisfaction among Chinese adolescents. *Sex roles*, 66(1-2), 3-20.
- Cheng, H., & Furnham, A. (2003). Attributional style and self-esteem as predictors of psychological well being. *Counselling Psychology Quarterly*, 16(2), 121-130.
- Cheng, H., & Furnham, A. (2003). Personality, self-esteem, and demographic predictions of happiness and depression. *Personality and Individual Differences*, 34(6), 921-942.
- Cloninger, C. R., Svrakic, D. M., & Przybeck, T. R. (1993). A psychobiological model of temperament and character. *Archives of general psychiatry*, 50(12), 975-990.
- Corsaro, W. A., & Eder, D. (1990). Children's peer cultures. *Annual review of sociology*, 197-220.
- Cox, M. T. (2007). Perpetual self-aware cognitive agents. *AI magazine*, 28(1), 32.
- Craig, G. J., & Baucum, D. (1992). *Human development*. New Jersey: Prentice Hall
- Craig, G. J., & Dunn, W. (2010). *Understanding human development*. New Jersey: Pearson Education/Prentice Hall.
- Crockenberg, S. B., & Soby, B. A. (1989). Self-esteem and teenage pregnancy. En A.M. Mecca, N.J. Smelser & J. Vasconcellos, (Eds.). *The social importance of self-esteem* (pp125-164). California: Univ of California Press.
- Crocker, J. (2002). Contingencies of self-worth: Implications for self-regulation and psychological vulnerability. *Self and Identity*, 1(2), 143-149.
- Crocker, J., & Park, L. E. (2004). The costly pursuit of self-esteem. *Psychological Bulletin*, 130(3), 392-414.

- Crockett, L., Losoff, M., & Petersen, A. C. (1984). Perceptions of the peer group and friendship in early adolescence. *The Journal of Early Adolescence*, 4(2), 155-181.
- Dada, O. M. O. (2013). A Sociological Investigation of The Determinant Factors and the Effects of Child Street Hawking in Nigeria: Agege, Lagos State, Under Survey. *International Journal of Asian Social Science*, 3(1), 114-137.
- Damon, W., & Hart, D. (1982). The development of self-understanding from infancy through adolescence. *Child development*, 841-864.
- Dawes, R. M. (1994). *House of cards: Psychology and psychotherapy based on myth*.
- De Wals, S., & Meszaros, K. (2011). *Handbook on psychology of self-esteem*. Hauppauge, NY: Nova Science Publishers.
- Deci, E. L., & Ryan, R. M. (2000). The "what" and "why" of goal pursuits: Human needs and the self-determination of behavior. *Psychological inquiry*, 11(4), 227-268.
- Dohnt, H. K., & Tiggemann, M. (2006). Body image concerns in young girls: The role of peers and media prior to adolescence. *Journal of Youth and Adolescence*, 35(2), 135-145.
- Donnellan, M. B., Trzesniewski, K. H., Conger, K. J., & Conger, R. D. (2007). A three-wave longitudinal study of self-evaluations during young adulthood. *Journal of Research in Personality*, 41(2), 453-472.
- Donnelly, J., Young, M., Pearson, R., Penhollov, T. M., & Hernandez, A. (2008). Area-specific self-esteem, values, & adolescent substance use. *Journal of Drug Education*, 38, 389-403.
- East, P. L., Reyes, B. T., & Horn, E. J. (2007). Association between adolescent pregnancy and a family history of teenage births. *Perspectives on sexual and reproductive health*, 39(2), 108-115.
- Eccles, J. S., Midgley, C., & Adler, T. (1984). Grade-related changes in the school environment. *The development of achievement motivation*, 238-331.
- Eccles, J. S., Midgley, C., Wigfield, A., Buchanan, C. M., Reuman, D., Flanagan, C., & Mac Iver, D. (1993). Development during adolescence: the impact of stage-environment fit on young adolescents' experiences in schools and in families. *American psychologist*, 48(2), 90.
- Eccles, J. S., Wigfield, A., Harold, R. D., & Blumenfeld, P. (1993). Ontogeny of children's self-perceptions and subjective task values across activity domains during the early elementary school years. *Child Development*, 64, 830-847.
- Eccles, J., Wigfield, A., Harold, R. D., & Blumenfeld, P. (1993). Age and gender differences in children's self- and task perceptions during elementary school. *Child development*, 64(3), 830-847.
- Eder, D. (1985). The cycle of popularity: Interpersonal relations among female adolescents. *Sociology of education*, 154-165.

- Eder, D. (1995). *School talk: Gender and adolescent culture*. New Brunswick, NJ: Rutgers University Press.
- Elizathe, L., Murawski, B., Custodio, J., & Rutzstein, G. (2012). Risk of eating disorder in school children from Buenos Aires: its relationship with perfectionism. *Mexican Journal of Eating Disorders*, 3(2), 106-120.
- El-Khodary, L. M., Anwar, Y. R., & Youssri, H. M. (2010). Effect of child labour on nutritional, health status and self esteem in a sample of children in alexandria comparative study. *Alexandria Journal of Agricultural Research*.
- Erikson, E. (1959). Growth and crises of the healthy personality. In Identity and the life cycle: Selected papers by Erik H. Erikson. *Psychological Issues*, 1 (1), 50-100.
- Ertugut, P., & Ertugut, R. (2010). Stress and academic self esteem in primary school children who applied to the hospital: A research in pediatric hospitals in Turkey. *Procedia-Social and Behavioral Sciences*, 2(2), 1200-1204.
- Espelage, D. L., & De La Rue, L. (2012). School bullying: its nature and ecology. *International journal of adolescent medicine and health*, 24(1), 3-10.
- Farris, J., Burke Lefever, J. E., Borkowski, J. G., & Whitman, T. L. (2013). Two are better than one: The joint influence of maternal preparedness for parenting and children's self-esteem on academic achievement and adjustment. *Early Education & Development*, 24(3), 346-365.
- Fasig, L. G. (2000). Toddlers' Understanding of Ownership: Implications for Self- Concept Development. *Social Development*, 9(3), 370-382.
- Finkelhor, D. (1986). *Implications for Theory, Research and Practice* (From Educator's Guide to Preventing Child Sexual Abuse, P 133-146, 1986, Mary Nelson and Kay Clark, eds.-See NCJ-104251).
- Fox, C. L., & Farrow, C. V. (2009). Global and physical self-esteem and body dissatisfaction as mediators of the relationship between weight status and being a victim of bullying. *Journal of Adolescence*, 32, 1281-1301.
- Frankl, V. (1966). SELF-TRANSCENDENCE AS A HUMAN PHENOMENON. *Journal of Humanistic Psychology*.
- Fredrickson, B. L., & Roberts, T. A. (1997). Objectification theory. *Psychology of women quarterly*, 21(2), 173-206.
- Garaigordobil, M., Martínez-Valderrey, V., & Aliri, J. (2013). Autoestima, empatía y conducta agresiva en adolescentes víctimas de bullying presencial. *European Journal of investigation in health, psychology and education*, 3(1).

- Garay, C., Etenberg, M., Hornes, A., Martini, S., & Korman, G. (2012). Guías clínicas en salud mental: conocimiento, valoración y uso en el área metropolitana de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. *Perspectivas en Psicología*, 8(2).
- García-Romeu, A. (2010). Self-transcendence as a measurable transpersonal construct. *Journal of Transpersonal Psychology*, 42(1), 26.
- Gatrell, C. J. (2013). Maternal body work: How women managers and professionals negotiate pregnancy and new motherhood at work. *Human Relations*, 66(5), 621-644.
- Gecas, V. (1989). The social psychology of self-efficacy. *Annual review of sociology*, 291-316.
- Gecas, V., & Schwalbe, M. L. (1983). Beyond the looking-glass self: Social structure and efficacy-based self-esteem. *Social Psychology Quarterly*, 77-88.
- Gecas, V., & Seff, M. A. (1989). Social class, occupational conditions, and self-esteem. *Sociological Perspectives*, 32(3), 353-364.
- Glennon, W. (1999). *200 Ways to Raise a Girl's Self-esteem: An Indispensable Guide for Parents, Teachers & Other Concerned Caregivers*. Conari Press.
- González-Ortega, I., Echeburúa, E., & De Corral, P. (2008). Variables significativas en las relaciones violentas en parejas jóvenes: una revisión. *Psicología Conductual*, 16(2), 207-225.
- Harakeh, Z., & Vollebergh, W. A. (2012). The impact of active and passive peer influence on young adult smoking: An experimental study. *Drug and alcohol dependence*, 121(3), 220-223.
- Harper, J. F., & Marshall, E. (1991). *Adolescents' problems and their relationship to self-esteem*. Adolescence.
- Harter, S. (1985). Competence as a dimension of self-evaluation: Toward a comprehensive model of self-worth. *The development of the self*, 2, 55-121
- Harter, S. (1999). *The construction of the self: A developmental perspective*. Guilford Press.
- Harter, S. (2012). *The construction of the self: Developmental and sociocultural foundations*. Guilford Press.
- Harter, S., & Monsour, A. (1992). Development analysis of conflict caused by opposing attributes in the adolescent self-portrait. *Developmental Psychology*, 28(2), 251.
- Haslam, S. A., van Knippenberg, D., Platow, M. J., & Ellemers, N. (Eds.). (2014). *Social identity at work: Developing theory for organizational practice*. Psychology Press.
- Hawley, P. H., & Vaughn, B. E. (2003). Aggression and adaptive functioning: The bright side to bad behavior. *Merrill-Palmer Quarterly*, 49(3), 239-242.
- Haworth- Hoepfner, S. (2000). The critical shapes of body image: The role of culture and family in the production of eating disorders. *Journal of Marriage and Family*, 62(1), 212-227.

- Hayes, L., & Rowse, J. (2008). *Acceptance and commitment therapy: Experiential adolescent group*. Retrieved from Association for Contextual Behavioral Science website: http://contextualpsychology.org/treatment_protocols.
- Hayes, S. C., Strosahl, K. D., & Wilson, K. G. (1999). *Acceptance and commitment therapy: An experiential approach to behavior change*. Guilford Press.
- Haynie, D. L., Nansel, T., Eitel, P., Crump, A. D., Saylor, K., Yu, K., & Simons-Morton, B. (2001). Bullies, victims, and bully/victims: Distinct groups of at-risk youth. *The Journal of Early Adolescence*, 21(1), 29-49.
- Heine, S. J., Lehman, D. R., Markus, H. R., & Kitayama, S. (1999). Is there a universal need for positive self-regard?. *Psychological review*, 106(4), 766.
- Hernando, Á., Oliva, A., & Pertegal, M. Á. (2012). Variables familiares y rendimiento académico en la adolescencia. Family variables and academic achievement in adolescence. *Estudios de Psicología*, 33(1), 51-65.
- Hoffman, J. A. (1984). Psychological separation of late adolescents from their parents. *Journal of Counseling Psychology*, 31(2), 170.
- Howard, D. E., & Qi Wang, M. (2003). Risk procedures of adolescent girls who were victims of dating violence. *Adolescence*.
- Huang, C. (2010). Mean-level change in self-esteem from childhood through adulthood: Meta-analysis of longitudinal studies. *Review of General Psychology*, 14(3), 251.
- Jaffe, K., & Worobey, J. (2006). Mothers' attitudes toward fat, weight, and dieting in themselves and their children. *Body image*, 3(2), 113-120.
- Jalón, M. J. D. A. (2005). La violencia entre iguales en la adolescencia y su prevención desde la escuela. *Psicothema*, 17(4), 549-558.
- Jankauskiene, R., Kardelis, K., Sukys, S., & Kardeliene, L. (2008). Associations between school bullying and psychosocial factors. *Social Behavior and Personality: an international journal*, 36(2), 145-162.
- Josephs, R. A., Markus, H. R., & Tafarodi, R. W. (1992). Gender and self-esteem. *Journal of personality and social psychology*, 63(3), 391.
- Jung, C. G. (1933). *The meaning of psychology for modern man. Civilization in transition*.
- Juvonen, J., Nishina, A., & Graham, S. (2000). Peer harassment, psychological adjustment, and school functioning in early adolescence. *Journal of educational psychology*, 92(2), 349.
- Kadden, R. M., & Litt, M. D. (2011). The role of self-efficacy in the treatment of substance use disorders. *Addictive behaviors*, 36(12), 1120-1126.

- Kaltiala-Heino, R., Rimpelä, M., Rantanen, P., & Rimpelä, A. (2000). Bullying at school—an indicator of adolescents at risk for mental disorders. *Journal of adolescence*, 23(6), 661-674.
- Kappeler, E. M., & Farb, A. F. (2014). Historical context for the creation of the Office of Adolescent Health and the Teen Pregnancy Prevention Program. *Journal of Adolescent Health*, 54(3), S3-S9.
- Kavas, A. B. (2008). Self-esteem and health-risk behaviors among Turkish late adolescents. *Adolescence*, 44(173), 187-198.
- Kim, J., & Cicchetti, D. (2004). A longitudinal study of child maltreatment, mother–child relationship quality and maladjustment: The role of self-esteem and social competence. *Journal of abnormal child psychology*, 32(4), 341-354.
- King, D. L., Delfabbro, P. H., & Griffiths, M. D. (2013). Video game addiction. *Principles of Addiction: Comprehensive Addictive Behaviors and Disorders*, 1, 819-827.
- Koert, E. C. (2014). *When time runs out: the experience of unintentional childlessness for women who delayed childbearing*. (Doctoral Dissertation) England: the university of British Columbia.
- Kounenou, K. (2010). Exploration of the relationship among drug use & alcohol drinking, entertainment activities and self-esteem in Greek University students. *Procedia-Social and Behavioral Sciences*, 2(2), 1906-1910.
- Laible, D. J., Carlo, G., & Roesch, S. C. (2004). Pathways to self-esteem in late adolescence: The role of parent and peer attachment, empathy, and social behaviours. *Journal of adolescence*, 27(6), 703-716.
- Leary, M. R., Tambor, E. S., Terdal, S. K., & Downs, D. L. (1995). Self-esteem as an interpersonal monitor: The sociometer hypothesis. *Journal of personality and social psychology*, 68(3), 518.
- Lee, A., & Hankin, B. L. (2009). Insecure attachment, dysfunctional attitudes, and low self-esteem predicting prospective symptoms of depression and anxiety during adolescence. *Journal of clinical child & Adolescent Psychology*, 38(2), 219-231.
- Lemann, N. (1999). *The big test: The secret history of the american meritocracy*. New York: Farrar, Straus & Giroux.
- Lemann, N. (1999). No people allowed. *The New Yorker*, 22, 76-96.
- Levenson, M. R., Jennings, P. A., Aldwin, C. M., & Shiraiishi, R. W. (2005). Self-transcendence: Conceptualization and measurement. *The International Journal of Aging and Human Development*, 60(2), 127-143.
- Little, T. D., Brauner, J., Jones, S. M., Nock, M. K., & Hawley, P. H. (2003). Rethinking aggression: A typological examination of the functions of aggression. *Merrill-Palmer Quarterly* (1982-), 343-369.

- Livheim, F., Hayes, L., Ghaderi, A., Magnusdottir, T., Högfeldt, A., Rowse, J., ...& Tengström, A. (2014). The Effectiveness of Acceptance and Commitment Therapy for Adolescent Mental Health: Swedish and Australian Pilot Outcomes. *Journal of Child and Family Studies*, 1-15.
- Lunde C., Frisén, A., & Hwang, C. P. (2007). Ten-year-old girls and boys body composition and peer victimization experiences: Prospective associations with body satisfaction. *Body Image*, 4, 11-28
- Mafrici, N. M. (2009). *The Influence Of Peer Relationships On Girls'body Experiences Overtime* (Doctoral dissertation, University of Toronto).
- Markus, H. R., & Kitayama, S. (1991). Culture and the self: Implications for cognition, emotion, and motivation. *Psychological Review*, 98(2), 224.
- Markus, H., & Nurius, P. (1986). Possible selves. *American psychologist*, 41(9), 954.
- Marsh, H. W., & O'Mara, A. (2008). Reciprocal effects between academic self-concept, self-esteem, achievement, and attainment over seven adolescent years: Unidimensional and multidimensional perspectives of self-concept. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 34(4), 542-552.
- Marsh, H. W., Craven, R., & Debus, R. (1998). Structure, Stability, and Development of Young Children's Self- Concepts: A Multicohort-Multioccasion Study. *Child development*, 69(4), 1030-1053.
- Martinez, R. O., & Dukes, R. L. (1997). The effects of ethnic identity, ethnicity, and gender on adolescent well-being. *Journal of youth and adolescence*, 26(5), 503-516.
- Maslow, A. (1968). *Toward a new psychology of being*. Van Nostrand Reinhold, Princeton, NJ.
- Maslow, A. (1986). *Teoría de las necesidades humanas*. F. Goble.
- Maslow, A. H. (1971). *Self-actualization*. Big Sur Recordings.
- Masters, J. C. (1971). Effects of social comparison upon children's self-reinforcement and altruism toward competitors and friends. *Developmental Psychology*, 5(1), 64.
- McCullough, M., & Scherman, A. (1991). Adolescent pregnancy: contributing factors and strategies for prevention. *Adolescence*.
- Mecca, A. M., Smelser, N. J., & Vasconcellos, J. (1989). Lilly, J. Robert, Francis T. Cullen and Richard A. Ball (1989). *Criminological Theory: Context and Consequences*. London: Sage.
- Miller, B. C., & Moore, K. A. (1990). Adolescent sexual behavior, pregnancy, and parenting: Research through the 1980s. *Journal of Marriage and the Family*, 1025-1044.
- Miller, P. J., Mintz, J., Hoogstra, L., Fung, H., & Potts, R. (1992). The narrated self: Young children's construction of self in relation to others in conversational stories of personal experience. *Merrill-Palmer Quarterly* (1982-), 45-67.

- Miller, P. J., Wiley, A. R., Fung, H., & Liang, C. H. (1997). Personal storytelling as a medium of socialization in Chinese and American families. *Child development*, 68(3), 557-568.
- Mills, M., Rindfuss, R. R., McDonald, P., & Velde, E. (2011). Why do people postpone parenthood? Reasons and social policy incentives. *Human reproduction update*, 17(6), 848-860.
- Molina, M. F., & Raimundi, M. J. (2011). Predictores de la autoestima global en niños de escuela primaria de la Ciudad de Buenos Aires. Diferencias en función del sexo y la edad. *Revista Argentina de Ciencias del Comportamiento*, 3(3), 1-7.
- Morales Toapanta, M. E. (2014). *Trabajo Infantil Y Su Incidencia En La Sintomatología Depresiva En Los Estudiantes De Cuarto, Quinto Y Sexto Año De Educación Básica De La Escuela Fiscal Mixta Princesa Pacha De La Parroquia Pasa Del Cantón Ambato Durante El Periodo Enero-Abril De 2012* (Doctoral dissertation).
- Moriarty, C. M., & Harrison, K. (2008). Television exposure and disordered eating among children: A longitudinal panel study. *Journal of Communication*, 58(2), 361-381.
- Mruk, C. J. (2006). *Self-esteem research, theory, and practice: Toward a positive psychology of self-esteem*. Springer Publishing Company.
- Mullen, B., & Suls, J. (1982). "Know thyself": Stressful life changes and the ameliorative effect of private self-consciousness. *Journal of Experimental Social Psychology*, 18(1), 43-55.
- Muris, P., Meesters, C., & Fijen, P. (2003). The self-perception profile for children: Further evidence for its factor structure, reliability, and validity. *Personality and Individual Differences*, 35(8), 1791-1802.
- Musitu, G., Clemente, A., Escartí, A., Ruipérez, Á., & Román, J. M. (1990). Agresión y Autoestima en el niño institucionalizado. *Quaderns de Psicologia*, 10, 231-250.
- Nakamura, I. S., Juzwiak, C. R., de Almeida, D. H., & Montesano, F. T. (2012). *Antropometría, imagen corporal, autoestima y calidad de la dieta de brasileñas practicantes de baile flamenco. Anthropometry, body image, self-esteem and dietary quality of Brazilian female flamenco dancers*.
- Nelson, T D., Jensen, C D., & Steele, R.G. (2011). Weight-related criticism and self-perceptions among preadolescents. *Journal of Pediatric Psychology*, 36(1), 106-115.
- Nettleton, P. H. (2011). Domestic violence in men's and women's magazines: Women are guilty of choosing the wrong men, men are not guilty of hitting women. *Women's Studies in Communication*, 34(2), 139-160.

- Nissen-Lie, H. & Orlinsky, D. (2014) Love, Growth, and Work in Psychotherapy: Sources of Therapeutic Talent and Clinician Self-renewal. En R. J. Wicks & E. A. Maynard (Eds) *Clinician's Guide to Self-Renewal: Essential Advice from the Field* (pp.3-24). USA: John Wiley & Sons
- Olweus, D. (1994). *Bullying at school* (pp. 97-130). Springer US.
- Oñate, M. P. D. (1989). *El autoconcepto. Formación, medida e implicaciones en la personalidad*. Madrid, Ediciones Narcea
- Otero, A. (2011). Middle school and dropout in Argentina: approaches to an unresolved debate. *Educação em Revista*, 27(3), 145-162.
- Owens, T. J., Stryker, S., & Goodman, N. (Eds.). (2006). *Extending self-esteem theory and research: sociological and psychological currents*. Cambridge University Press.
- Pachón, B. C. (2006). La sociedad de consumo y los trastornos de la conducta alimentaria. *Trastornos de la conducta alimentaria*, (4), 321-335.
- Papalia, D. E., Olds, S. W., & Feldman, R. D. (1992). *Human Development Edition*.
- Park, S. H. J., Song, S. M., & Lee, Y. H. (2011). The Influence of Self-Esteem and Self-Efficacy on the Academic Achievement of Elementary School Children in Poverty and Comparative Groups. *The Korean Journal of Community Living Science*, 22.
- Paz, J. A., & Piselli, C. (2011). Trabajo infantil y pobreza de los hogares en la Argentina. *Problemas del desarrollo*, 42(166), 135-156.
- Peixoto, F., & Almeida, L. S. (2010). Self-concept, self-esteem and academic achievement: strategies for maintaining self-esteem in students experiencing academic failure. *European Journal of Psychology of Education*, 25(2), 157-175.
- Pepler, D. J., Craig, W. M., Connolly, J. A., Yuile, A., McMaster, L., & Jiang, D. (2006). A developmental perspective on bullying. *Aggressive Behavior*, 32(4), 376-384.
- Phares, V., Steinberg, A. R., & Thompson, J. K. (2004). Gender differences in peer and parental influences: Body image disturbance, self-worth, and psychological functioning in preadolescent children. *Journal of Youth and Adolescence*, 33(5), 421-429.
- Phillips, D. A. (1987). Socialization of perceived academic competence among highly competent children. *Child Development*, 1308-1320.
- Piaget, J., & Inhelder, B. (1969). *The psychology of the child*. Basic Books.
- Piedmont, R. L. (1997, August). *Gender differences in the spiritual and personal correlates of leadership*. In *American Psychological Association symposium on Women and the Psychology of Religion—Trauma and Transformation*, Chicago, Illinois.

- Piedmont, R. L. (1999). Does Spirituality Represent the Sixth Factor of Personality? Spiritual Transcendence and the Five- Factor Model. *Journal of personality*, 67(6), 985-1013. Y/O:
- Piedmont, R. L. (1999). Strategies for using the five-factor model of personality in religious research. *Journal of Psychology and Theology*.
- Piedmont, R. L. (2001). Spiritual transcendence and the scientific study of spirituality. *Journal Of Rehabilitation-Washington-*, 67(1), 4-14.
- Pike, K. M., & Rodin, J. (1991). Mothers, daughters, and disordered eating. *Journal of abnormal psychology*, 100(2), 198.
- Prinstein, M. J., Boergers, J., & Vernberg, E. M. (2001). Overt and relational aggression in adolescents: Social-psychological adjustment of aggressors and victims. *Journal of clinical child psychology*, 30(4), 479-491.
- Purkey, W. W. (1970). Self concept and school achievement.
- Pyszczynski, T., Greenberg, J., & Solomon, S. (1997). Why do we need what we need? A terror management perspective on the roots of human social motivation. *Psychological Inquiry*, 8(1), 1-20.
- Rausky, M. E. (2011). ¿ Infancia sin trabajo o Infancia trabajadora? Perspectivas sobre el trabajo infantil. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 7(2).
- Reed, P. G. (2003). *Theory of self-transcendence. Middle range theory for nursing*, 145-165.
- Rice, F. P., & Vestal, L. B. (2001). Human development: A life-span approach Prentice Hall New Jersey.
- Rigby, K. (1993). School children's perceptions of their families and parents as a function of peer relations. *Journal of Genetic Psychology*, 154, 501-513.
- Roberts, J. E., Gotlib, I. H., & Kassel, J. D. (1996). Adult attachment security and symptoms of depression: The mediating roles of dysfunctional attitudes and low self-esteem. *Journal of personality and social psychology*, 70(2), 310.
- Robins, R. W., Trzesniewski, K. H., Tracy, J. L., Gosling, S. D., & Potter, J. (2002). Global self-esteem across the life span. *Psychology and aging*, 17(3), 423.
- Robinson, R. B., & Frank, D. I. (1994). *The relation between self-esteem, sexual activity, and pregnancy. Adolescence*.
- Rogers, C. R. (1961). *On becoming a person: A therapist's view of psychology*.
- Rosenberg, M. (1979). *Convincing the self*.
- Rosenberg, M. (1979). Group rejection and self-rejection. *Research in community and mental health*, 1, 3-20.
- Rosenberg, M. (1989). *Society and the adolescent self-image* Wesleyan University Press.

- Ruble, D. N., Boggiano, A. K., Feldman, N. S., & Loeb, J. H. (1980). Developmental analysis of the role of social comparison in self-evaluation. *Developmental Psychology*, 16(2), 105.
- Rutzstein, G. (2002). Trastornos alimentarios. La cultura de la delgadez. *Encrucijadas-UBA, Revista de la Universidad de Buenos Aires*, 16, 76, 85.
- Rutzstein, G., Murawski, B., Elizathe, L., Arana, F., Armatta, A. M., & Leonardelli, E. (2010). Trastornos alimentarios en mujeres adolescentes: un estudio comparativo entre pacientes, estudiantes de danza y estudiantes de escuelas medias. *Revista Colombiana de Psiquiatría*, 39(2), 329-346.
- Rutzstein, G., Murawski, B., Elizathe, L., Armatta, A. M., Leonardelli, E., Diez, M., & Arana, F. (2010). Factores de riesgo para trastornos alimentarios en estudiantes de danza. *Journal of Behavior, Health & Social Issues*, 2(1), 55-68.
- Salmivalli, C. (1998). Intelligent, attractive, well-behaving, unhappy: The structure of adolescents' self-concept and its relations to their social behavior. *Journal of Research on Adolescence*, 8(3), 333-354.
- Salvador-Moysén, J., Martínez-López, Y., Lechuga-Quñones, A., Ruiz-Astorga, R., & Terrones-González, A. (2000). Psychosocial conditions of adolescents with toxemia of pregnancy. *Salud Publica de Mexico*, 42(2), 99-105.
- Salvador-Moysén, J., Martínez-López, Y., Ramírez-Aranda, J. M., Aguilar-Durán, M., & Reyes-Romero, M. A. (2014). The Social Conditions in the Genesis of Preeclampsia. *Open Journal of Epidemiology*, 2014.
- Sarma, A. R., & Kurpius, S. E. R. (2012). Self-Esteem, Valuing of Education, and Academic Stress among Undergraduates in Thailand. *Journal of Asia Pacific counseling*, 2(1), 61-60.
- Sebold, H. (1992). *Adolescence: A social psychological analysis* (pp. 40-57). Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall.
- Seligman, M. (1998). What is the good life. *APA monitor*, 29(10), 2.
- Sheldon, K. M., Elliot, A. J., Kim, Y., & Kasser, T. (2001). What is satisfying about satisfying events? Testing 10 candidate psychological needs. *Journal of personality and social psychology*, 80(2), 325.
- Shen, A. C. T. (2008). Self-esteem of young adults experiencing interparental violence and child physical maltreatment: Parental and peer relationships as mediators. *Journal of interpersonal violence*.
- Shorkey, C. T. (1980). Sense of personal worth, self-esteem, and anomia of child-abusing mothers and controls. *Journal of clinical psychology*, 36(3), 817-820.
- Simmons, R. G., & Blyth, D. A. (1987). *Moving into adolescence: The impact of pubertal change and school context*. AldineTransaction.

- Sinervo, A. (2013). 'No somos los pobrecitos': Negotiating stigma, identity, and need in constructions of childhood poverty in Cusco, Peru. *Childhood*, 20(3), 398-413.
- Solomon, S., Greenberg, J., & Pyszczynski, T. (1991). A terror management theory of social behavior: The psychological functions of self-esteem and cultural worldviews. *Advances in experimental social psychology*, 24, 93-159.
- Specht, R., & Craig, G. J. (1987). *Human development: A social work perspective*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.
- Spencer, M. B., & Markstrom- Adams, C. (1990). Identity processes among racial and ethnic minority children in America. *Child development*, 61(2), 290-310.
- Stavrinides, P., Tsivitanou, A., Nikiforou, M., Hawa, V., & Tsolia, V. (2013). Longitudinal Associations Between Bullying and Children's Preference for Television Violence. *International journal of criminology and sociology*, 2, 72-78.
- Stewart, P. K., Roberts, M. C., & Kim, K. L. (2010). The psychometric properties of the Harter Self-perception Profile for Children with at-risk African American females. *Journal of Child and Family Studies*, 19(3), 326-333.
- Stipek, D. J., & Hoffman, J. M. (1980). Children's achievement-related expectancies as a function of academic performance histories and sex. *Journal of Educational Psychology*, 72(6), 861.
- Stipek, D. J., & Hoffman, J. M. (1980). Development of children's performance-related judgments. *Child Development*, 912-914.
- Swaminathan, S., Trawick-Smith, J., & Barbuto, L. M. (2005). Technology Training at the Preschools: Impact on Pedagogy and Children. *National Educational Computing Conference*, June.
- Tajfel, H. (1984). Categorización social, identidad social y comparación social. In H. Tajfel (Ed.), *Grupos humanos y categorías sociales* (pp. 291-304). Barcelona: Herder.
- Takizawa, R., Maughan, B., & Arseneault, L. (2014). Adult health outcomes of childhood bullying victimization: evidence from a five-decade longitudinal British birth cohort. *American journal of psychiatry*. 6(2)1-8
- Tan, C., & Tan, L. S. (2013). The Role of Optimism, Self-Esteem, Academic Self-Efficacy and Gender in High-Ability Students. *The Asia-Pacific Education Researcher*, 1-13.
- Taylor, S. E., & Brown, J. D. (1988). Illusion and well-being: a social psychological perspective on mental health. *Psychological bulletin*, 103(2), 193.
- Thomas, D. L., Gecas, V., Weigert, A., & Rooney, E. (1974). *Family socialization and the adolescent: Determinants of self-concept, conformity, religiosity and counterculture values* Lexington Books.

- Tornstam, L. (1997). Gerotranscendence: The contemplative dimension of aging. *Journal of aging studies*, 11(2), 143-154.
- Trujillo, E. V., & Barrera, F. (2002). Adolescencia, relaciones románticas y actividad sexual: una revisión. *Revista Colombiana de Psicología*, 11(1), 115-134.
- Umaña-Taylor, A. J., Guimond, A. B., Updegraff, K. A., & Jahromi, L. B. (2013). A Longitudinal Examination of Support, Self-Esteem, and Mexican-Origin Adolescent Mothers' Parenting Efficacy. *Journal of Marriage and Family*, 75(3), 746-759.
- Urquijo, S. (2002). Auto-concepto y desempeño académico en adolescentes: relaciones con sexo, edad e institución. *Psico-USF*, 7(2), 211-218.
- van den Berg, P. A., Mond, J., Eisenberg, M., Ackard, D., & Neumark-Sztainer, D. (2010). The link between body dissatisfaction and self-esteem in adolescents: Similarities across gender, age, weight status, race/ethnicity, and socioeconomic status. *Journal of Adolescent Health*, 47(3), 290-296.
- Van den Bergh, B. R., & Marcoen, A. (1999). Harter's Self-Perception Profile for Children: Factor structure, reliability, and convergent validity in a Dutch-speaking Belgian sample of fourth, fifth and sixth graders. *Psychologica Belgica*.
- Vasilenko, S. A., Ram, N., & Lefkowitz, E. S. (2011). Body image and first sexual intercourse in late adolescence. *Journal of adolescence*, 34(2), 327-335.
- Ventura, C. A., de Souza, J., Hayashida, M., & Ferreira, P. S. (2014). Risk factors for involvement with illegal drugs: opinion of family members or significant others. *Journal of Substance Use*, (0), 1-7.
- Vernon, M. E., Green, J. A., & Frothingham, T. E. (1983). Teenage pregnancy: A prospective study of self-esteem and other sociodemographic factors. *Pediatrics*, 72(5), 632-635.
- Vlachou, M., Andreou, E., Botsoglou, K., & Didaskalou, E. (2011). Bully/victim problems among preschool children: A review of current research evidence. *Educational Psychology Review*, 23(3), 329-358.
- Wagner, B. M., & Phillips, D. A. (1992). Beyond beliefs: Parent and child behaviors and children's perceived academic competence. *Child Development*, 63(6), 1380-1391.
- Ward, L. M. (2003). Understanding the role of entertainment media in the sexual socialization of American youth: A review of empirical research. *Developmental Review*, 23(3), 347-388.
- Watson, D., & Clark, L. A. (1984). Negative affectivity: the disposition to experience aversive emotional states. *Psychological bulletin*, 96(3), 465.

- Wigfield, A., Eccles, J. S., Mac Iver, D., Reuman, D. A., & Midgley, C. (1991). Transitions during early adolescence: Changes in children's domain-specific self-perceptions and general self-esteem across the transition to junior high school. *Developmental Psychology*, 27(4), 552.
- Wilksch, S. M., Tiggemann, M., & Wade, T. D. (2006). Impact of interactive school-based media literacy lessons for reducing internalization of media ideals in young adolescent girls and boys. *International Journal of Eating Disorders*, 39(5), 385-393.
- James, W. (1890). The consciousness of self. *The principles of psychology*, 8.
- Yu, J. (2003). The association between parental alcohol-related behaviors and children's drinking. *Drug and alcohol dependence*, 69(3), 253-262.
- Zabawska, M. (2013). *Like it or not. The relationship between personality traits, narcissism, self-esteem, self-monitoring and Facebook usage* (Doctoral dissertation, Dublin Business School).
- Zeigler-Hill, V., Li, H., Masri, J., Smith, A., Vonk, J., Madson, M. B., & Zhang, Q. (2013). Self-esteem instability and academic outcomes in American and Chinese college students. *Journal of Research in Personality*, 47(5), 455-463.
- Zimmerman, F. J., Glew, G. M., Christakis, D. A., & Katon, W. (2005). Early cognitive stimulation, emotional support, and television watching as predictors of subsequent bullying among grade-school children. *Archives of pediatrics & adolescent medicine*, 159(4), 384-388.